

Verdad de la ficción y otros textos



Leer para lograr en grande

Colección Letras
Clásicos Mexiquenses

Ángel María Garibay K.

Verdad de la ficción
y otros textos

SELECCIÓN Y ESTUDIO PRELIMINAR
Alfonso Sánchez Arteche



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Eruviel Ávila Villegas
Gobernador Constitucional

Raymundo E. Martínez Carbajal
Secretario de Educación

Consejo Editorial: Efrén Rojas Dávila, Raymundo E. Martínez Carbajal,
Erasto Martínez Rojas, Carolina Alanís Moreno,
Raúl Vargas Herrera

Comité Técnico: Alfonso Sánchez Arteche, Félix Suárez, Marco Aurelio
Chávez Maya

Secretario Técnico: Agustín Gasca Pliego

Ángel María Garibay K. Verdad de la ficción y otros textos

© Primera edición. Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México. 2013

DR © Gobierno del Estado de México
Palacio del Poder Ejecutivo
Lerdo poniente núm. 300,
colonia Centro, C.P. 50000,
Toluca de Lerdo, Estado de México

© Alfonso Sánchez Arteche, selección y estudio preliminar

ISBN: 978-607-495-280-3

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
www.edomex.gob.mx/consejoeditorial
Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal:
CE: 205/01/28/13

Impreso en México

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

Estudio preliminar

UNIVERSALIDAD DE PENSAMIENTO

A FINALES DE LOS AÑOS TREINTA, Ángel María Garibay sobrepasaba las cuatro décadas de vida y, aunque era ampliamente reconocido en los medios eclesiásticos por su erudición, la intelectualidad laica aún no había puesto particular interés en ese curioso sacerdote, nativo de Toluca, de poblado bigote y luegas barbas, que se embebía lo mismo en la lectura de Homero, Virgilio y los textos sapienciales atribuidos a Salomón, que en los dichos y relatos indígenas que escuchaba de sus feligreses en las parroquias de indígenas a las que solía ser enviado. Entonces comenzó a publicar sus textos en la revista *Ábside* y poco a poco se dio a notar como poeta, traductor y ensayista de tan refinada prosa que llegaría a ser académico de la lengua.

Polígrafo por la gran variedad de géneros y temáticas que abordó como escritor; políglota por su dominio de las lenguas clásicas y modernas (griego, latín, hebreo, náhuatl, otomí, inglés, francés y alemán, entre otras); humanista por su marcado énfasis en el estudio de las culturas antiguas, tanto del Viejo como del Nuevo Mundo, Garibay es –sin lugar a dudas– una de las mentes más esclarecidas que han visto la primera luz en el Estado de México.

PASADO ENIGMÁTICO

Sin embargo, hasta hace poco tiempo los detalles de su nacimiento permanecían aún en una zona de relativa incertidumbre, por no haber sido localizada su fe de bautismo ni su acta de nacimiento. No obstante, él declaraba haber nacido el 18 de junio de 1892 en la ciudad de Toluca; por otra parte, su condiscípulo Pedro J. Sánchez asevera que nuestro personaje fue bautizado en la parroquia de San José ocho días después de su nacimiento (Sánchez, 1948: 588). Pero hay aún discrepancias más áridas: según observa el cronista universitario Inocente Peñaloza García, el bibliógrafo Gonzalo Pérez Gómez ha afirmado que el sabio era hijo de don Manuel Garibay y doña Soledad Kintana; en sentido divergente se halla la opinión del historiador Gustavo G. Velázquez, quien aseguraba que el apellido materno era Álvarez y que el cura de almas habría añadido la inicial “K” en homenaje a un escritor de apellido Krazewski (Garibay, 1992: 8-9).

Muchas de estas divagaciones han sido disipadas con la aparición del estudio *La rueda y el río* de Miguel León-Portilla y Patrick Johansson. Ahí se deja en claro que fue el segundo hijo de don Manuel Garibay y doña María de la Soledad Kintana. Por el lado paterno descendía de un conquistador de Nueva Galicia, Diego de Ochoa Garibay, y de Pedro de Garibay, virrey *de facto* luego de ser depuesto José de Iturrigaray. Por el materno, fue su abuelo quien decidió cambiar la “Q” por la “K” de su apellido Kintana, para remarcar el linaje vascoence. Antes de Ángel María nació María de la Luz y, después de él, Natalia, fiel compañera de casi toda su vida (León Portilla y Johansson, 2010: 6).

Luego de quedar huérfano de padre en 1897, con su madre y hermanas se van a vivir a la casa de su tía Romualda en el

Molino de Bezares, aunque es en Santa Fe donde cursa estudios primarios y secundarios. En 1906 ingresa al Seminario Conciliar de México, donde por su interés en la lectura es nombrado bibliotecario. Ello le permite tener sus primeros contactos con manuscritos y pictogramas indígenas, al mismo tiempo que hace traducciones directas del griego, el latín y el náhuatl. En 1913 un artículo suyo es publicado en la revista *Lábaro* (Ángel María Garibay, 1979: 19-20).

El 28 de octubre de 1917 se ordena como sacerdote, al cantar su primera misa, teniendo como padrino a monseñor Guillermo Tritschler, y es enviado a ejercer su ministerio en Jilotepec, donde comienza a aprender la lengua otomí para recoger testimonios de la tradición oral indígena. Se cuenta que estaba en ese lugar cuando se propagó una epidemia que diezmó a los lugareños. Llegaron entonces noticias a la arquidiócesis de que el joven párroco había fallecido por el contagio, rumor que al poco tiempo quedó desmentido. Por temor a que se malograra su temprana erudición, en 1919 fue devuelto al seminario como preceptor del segundo curso de griego (Sánchez, 1948: 590).

En 1924 se le asigna la parroquia de San Martín de las Pirámides, donde ahonda sus estudios sobre la cultura del México prehispánico mientras perfecciona su dominio del griego con la lectura de los trágicos griegos. Años más tarde será cura, sucesivamente, de Huixquilucan en 1925, de Tenancingo en 1931 y de Otumba en 1932 (León-Portilla y Johanson, 2010: 11-19). Mientras desarrolla las funciones clericales, traduce *La orestíada* de Esquilo, lo mismo que se adentra en los estudios gramaticales y lingüísticos que le permitirán componer su *Llave del náhuatl* en 1940. Un año después es nombrado canónigo lectoral de la Basílica de Guadalupe. En la proximidad de la capital, está cada

vez más cerca de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), donde llegó a ser director fundador, junto con Miguel León-Portilla, del Seminario de Cultura Náhuatl en 1956 (Garibay, 1979: 20-22).

GARIBAY EN ÁBSIDE

Gabriel y Alfonso Méndez Plancarte, “tres veces hermanos”: por la sangre, el sacerdocio y los estudios (*Memorias de la Academia Mexicana de la lengua*, 2010: XXXII, 286), a principios de 1937 se echaron a cuestras la tarea de publicar una revista. ¿Qué escritor mexicano del siglo xx no lo intentó alguna vez, al menos como colaborador? Comentaba el periodista y dramaturgo Rafael Solana acerca de esta debilidad, de la que él mismo no había escapado:

Las revistas brotan, en cierto momento, tan inevitablemente como los barros en la cara, en la mente de los estudiantes; a los dieciocho años se sueña, no con participar en una revista ya existente, y cuyos colaboradores entonces nos parecen venerables o ridículas momias, sino en sacar una propia llena de novedad y de nuestra personalidad explosiva (*Barandal*, 1981: 9).

No estaban los Méndez Plancarte en edad de contraer esa clase de viruelas. El mayor de ellos, Gabriel, andaba en los 32, mientras que Alfonso se acercaba a los 28. Ambos dedicaron sus breves vidas al estudio de las letras clásicas y modernas. En una semblanza biográfica que sobre Alfonso escribió el historiógrafo Ernesto de la Torre Villar (1971: 45), se lee: “Con su hermano Gabriel, Octaviano Valdés y Ángel María Garibay, representa el conjunto más valioso de humanistas que la iglesia mexicana ha tenido en el presente siglo”.

Para estos cuatro estudiosos, el humanismo no se limita al “conocimiento de las lenguas y sus literaturas grecorromanas”, sino que significa “la elevación del hombre hacia un ideal de perfección, por medio del reconocimiento de sus más altos valores, materiales y espirituales” (Méndez Plancarte, 1970: 14). Al margen de la cultura protegida por el Estado, esta generación sentía necesidad de abrir espacios para la difusión de las letras mexicanas desde una perspectiva no dogmática, aunque sí religiosa. José Luis Martínez (1990: 80) considera que *Ábside* fue “centro de difusión... de la cultura católica”. De este propósito surgió la nueva publicación, que en su primer número enuncia su búsqueda de “elevación, altura”, ya que

A la sombra augural de un ábside franciscano –álveo materno de nuestra cultura–, germinó la idea. Y empezaron a delinearse, temblorosas primero, firmes después–, las curvas triunfales (*Ábside*, 1937: I, 5).

Existe la versión, muy plausible, de que el mencionado ábside franciscano fue el de Otumba, y que quien sugirió tal nombre fue el párroco Garibay, quien habría de volverse colaborador asiduo de esas páginas, donde dio a conocer los primeros frutos de su señera investigación sobre las fuentes literarias de la cultura mesoamericana. En el segundo número aparecen ya versiones suyas de textos prehispánicos y, en el cuarto, un ensayo literario filosófico sobre el México antiguo (*Ábside*, 1937: I, 2, 11-23; I, 4, 51-56).

GARIBAY, HOMBRE DE LETRAS

La vena literaria de Garibay se manifestó tempranamente, primero por los campos de la lírica y más tarde, de manera ocasional, por los de la narrativa. Sin embargo, antes de 1937 había publicado poco, sólo algunos artículos dispersos en periódicos y revistas, así como dos opúsculos: *Morfemas nominales del otomí*, estudio presentado al Congreso Científico de Americanistas (Garibay, 1932: 291-323), y *Poema de los árboles*, que se publicó ese mismo año como edición de autor (Garibay, 1985: 279-285). Sin embargo, muchas de sus obras, principalmente literarias, permanecían como manuscritos cuando Garibay decidió publicarlas en diversos números de *Ábside*.

Se tiene la falsa opinión de que el sacerdocio fue un obstáculo en los primeros años de vida del personaje que, debido a la precaria situación familiar, habría optado por la carrera eclesiástica. Por el contrario, la reflexión sobre esta primera etapa de su vida, nos inclina a pensar que el contacto con los indios vivos lo hizo comprender mejor a los creadores literarios e informantes del clasicismo prehispánico. También fue un aliciente para consolidar su visión humanista.

La idea de compilar este conjunto de primeras ediciones del humanista Ángel María Garibay Kintana como poeta, traductor y académico tiene como propósito hacer evidente el momento crucial en que el párroco provinciano, ministro de indios, al que por hombre nada de lo humano le era ajeno —según Terencio—, terminó de definir la fulgurante trayectoria que por más de siete lustros lo colocó en los más altos niveles de la cultura nacional.

Desde 1945 fue articulista habitual en los periódicos *Excelsior*, *El Universal* y *Novedades*; doctor honoris causa por la UNAM

en 1951; aceptado como miembro de número en la Academia Mexicana de la Lengua en 1954; galardonado con la medalla “Belisario Domínguez” por el senado de la república en 1962; nombrado miembro de la Academia Mexicana de la Historia en 1963; reconocido con el Premio Nacional de Letras del Instituto Nacional de Bellas Artes (INBA) en 1965 y con el Premio Nacional de Ciencias y Artes correspondiente a la rama de Letras por el gobierno de la república; homenajeado en la Universidad Autónoma del Estado de México (UAEM) por los exalumnos del Instituto Científico y Literario en 1966; muere el 19 de octubre de 1967 y es sepultado en el Panteón Francés de la ciudad de México, de donde sus restos serán trasladados en 1974 a la Rotonda de los Hombres Ilustres del Estado de México, en el Panteón Municipal de Toluca (*Ángel María Garibay*, 1979: 22-25).

LA PRESENTE EDICIÓN

Este volumen reúne diversos textos publicados por Garibay en la revista *Ábside*: se trata de los 16 sonetos que componen el “Virgilio romántico” y que aparecen firmados en Huixquilucan en 1930; “Tres poemas inéditos”, a saber: “Agave”, “Anhelos” y “Mi filosofía”; “10 poemas cortos en náhuatl”, con introducción, versión y notas del traductor (*Ábside*, 1939: III, 1, 13-22; III, 4, 20-24; III, 8, 11-26), así como el discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua como miembro de número y el mensaje de bienvenida dado por el historiador y lingüista Alberto María Carreño (*Ábside*, 1954: XVIII, 3, 275-308).

Respecto de estos escritos, poco hay que decir. El lector advertirá los alcances y méritos de Garibay como poeta, traductor y ensayista al llegar a la mitad de su vida, aunque la obra de madurez refule en las incomparables versiones de las

tragedias de Esquilo, Sófocles y Eurípides y de las comedias de Aristófanes; su *Sabiduría de Israel*; sus ediciones de las obras de Bernardino de Sahagún, Diego Durán y Manuel Orozco y Berra, entre otros; su *Historia de la literatura náhuatl* y su *Poesía náhuatl*, por no citar el *Diccionario Porrúa de historia, geografía y biografía*, que estuvo bajo su dirección.

“Virgilio romántico”, que inicia la presente recopilación, está motivado por dos efemérides conmemoradas en 1930: el nacimiento de Publio Virgilio Marón el 15 de octubre del año 70 antes de nuestra era y el primer centenario del Romanticismo, que irrumpió el 28 de febrero de 1830 con el estreno de *Hernani*, drama de Víctor Hugo, gesto que fue preludeo de la convulsión que en julio de ese año sacudió a París, la cual culminó con el derrocamiento del rey Carlos X y el entronizamiento de Luis Felipe I, llamado *Felipe Igualdad* o *el rey burgués*. Garibay toma como fuente de inspiración las *Églogas* de Virgilio e, incluso, cada uno de los 16 sonetos que componen este breve poemario, lleva como título una locución en latín, tomada de esa obra.

En el siglo XIX, Joaquín Arcadio Pagaza había hecho una traducción perifrástica de esta obra (Pagaza, 1887: 3-78). Las églogas o bucólicas son diálogos entre pastores hipotéticos, que elogian las virtudes de la vida del campo y desestiman las preocupaciones de la población urbana; en el trasfondo, contienen una crítica a sucesos de actualidad, como luchas políticas, guerras civiles y ambiciones de poder y riqueza. Virgilio se inspiró en el poeta alejandrino Teócrito para componer sus versos y Garibay, a su vez, parafrasea a Virgilio en los propios para sugerir, por una parte, el contacto con la naturaleza que le proporciona recorrer el ambiente boscoso de Huixquilucan, mientras que por otra evoca sucesos recientes que le ha tocado vivir, como la revolución de 1910 y la guerra cristera.

“*Mea regna videns*”, basada en la Égloga I, donde conversa Tí tiro con Melibeo, parece referirse a pasajes autobiográficos cuando deplora: “¡Ay, era mía/ esta rica parcela...; hoy la destroza/ brutal soldado con guadaña impía!”. El anecdotario de los Garibay registraba con tonos sombríos los días de mayo de 1915 cuando las tropas revolucionarias se enfrentaron en el rancho familiar, dejándolo en cenizas (León-Portilla y Johansson 2010: 7). Y en los siguientes versos, cuando apostrofa: “¡Oh cívica discordia, el fruto goza!”, la asociación con el reciente conflicto cristero parece indiscutible, aunque el tono general del poemario es más bien optimista con respecto al futuro, una vez superadas las contiendas civiles.

Garibay toma, pues, el segundo milenio de Virgilio y el primer centenario del romanticismo como justificación para hablar de sí mismo, de la realidad nacional y de sus circunstancias del momento, al mismo tiempo que pone a prueba su capacidad para aplicar la métrica latina en sus composiciones. Más definido es el sujeto lírico de “Tres poemas inéditos” probablemente de reciente factura en la parroquia de Otumba; “Anhelos” y “Mi filosofía” dan cuenta de cómo se representaba a sí mismo el impetuoso cura e investigador, pero “Agave” amerita una lectura más atenta, porque revalora un elemento de nuestro paisaje no siempre atendido –e incluso menospreciado a veces– por los poetas bucólicos. No se puede decir por ello que Garibay es quien lo “descubre” para la poesía mexicana, pues ya en el siglo XVIII Rafael Landívar y otros valoran su hegemonía en el panorama rústico mexicano.

Es un posmodernista, Amado Nervo, quien le devuelve su dignidad al agave cuando exclama: “Majestuosos y nobles maguajes: / cuántas veces os oigo contar / vuestras viejas historias de reyes, / ¡algunas tan tristes que me hacen llorar!” (Nervo, 1991:

II, 1466-1467), o con mayor sentido del humor, Salvador Novo los observa apenas de pasada en su poema “Viaje” y les dedica la siguiente estampa: “Los magueyes hacen gimnasia sueca / de quinientos en fondo” (Novo, 1924: 6). Finalmente, al desterrado José Juan Tablada se le inflama la vena patriótica en 1934 y escribe “Magueyes y nopales” (Tablada 1934: 3, 13) donde se lee:

De México símbolo fiel,
por fuertes y suaves, son
el recio agave cuya sangre es miel
con el nopal que brinda a flor de piel
la dulce tuna como un corazón.

Mas para Garibay, el maguey no es motivo de nostalgia ni de exotismo, sino la realidad cotidiana y milenaria de Otumba, antiguo centro otomí productor de *octli*, *neuctli* o –dicho en español– pulque. Como tampoco es para él lo indígena algo que exista sólo en los pictogramas y manuscritos. Los casi 25 años que ejerció su ministerio entre hablantes de otomí y mexicano le permitieron afinar el oído y descubrir la riqueza musical, además de la conceptual, contenida en la poesía náhuatl, de la cual tiene un amplio conocimiento en 1937, según demuestra en su artículo “10 poemas cortos en náhuatl”, que se reproduce también en este volumen.

Finalmente, esta recopilación da un salto hasta 1954 al transcribir “Verdad de la ficción. Acotaciones a un trílogo”, discurso de ingreso de Ángel María Garibay a la Academia Mexicana de la Lengua como miembro de número, ensayo en el cual demuestra que el amor por su lengua materna es sólo superada por la destreza con que se comunica en ella. El debate sostenido por tres personajes cervantinos, o sean el caballero,

el Canónigo y el escudero, permite a Garibay situarse en la posición más difícil, la del idealista, acosado por el racionalismo de un letrado –como él mismo– y el materialismo de un rudo proletario –como lo han sido gran parte de sus feligreses.

A esta “Verdad de la ficción” se ha añadido también la alocución de bienvenida a cargo del académico Alberto María Carreño, por los datos que aporta al estudio de la vida y obra de nuestro personaje. Vale también la reproducción de ambos textos como gesto recordatorio del ccc aniversario de la fundación de la Real Academia Española en 1713.

Como una obligada nota metodológica, se hace constar que el traslado de la composición tipográfica de los textos se hizo con el máximo apego a los originales, aunque se modernizó la ortografía y, cuando fue estrictamente necesario, se verificó la corrección de erratas advertidas en las primeras ediciones. Asimismo en el apartado “Virgilio romántico” se incorporó la traducción del título de los 16 poemas que lo conforman, correspondientes a determinados versos de las *Bucólicas* de Pablo Virgilio Marón, tomados de la versión rítmica de Rubén Bonifaz Nuño (1967).

Alfonso Sánchez Arteche

FUENTES CONSULTADAS

Bibliografía

- Ángel María Garibay (1979), *Patrimonio Cultural y Artístico*, Gobierno del Estado de México-Fondo Nacional para Actividades Sociales (Fonapas), Toluca.
- Garibay, Ángel María (1932), *Poema de los árboles*, edición de autor, México.
- _____ (1985), *Sabiduría de Anáhuac*, Presentación y selección de Gonzalo Pérez Gómez, Gobierno del Estado de México-H. Ayuntamiento de Toluca, Toluca.
- _____ (1992) *19 poemas de 1939*, Introducción y selección de Alfonso Sánchez Arteché, Universidad Autónoma del Estado de México, Toluca.
- León-Portilla, Miguel y Patrick Johansson (2010), *La rueda y el río*, 2ª ed., Gobierno del Estado de México, México, Colección 20/10.
- Martínez, José Luis (1990), *Literatura mexicana. Siglo xx. 1910-1949*, Conaculta [Lecturas Mexicanas, 3ª Serie], México.
- Méndez Plancarte, Gabriel (1970), *El humanismo mexicano*, Seminario de Cultura Mexicana, México.
- Memorias de la Academia Mexicana de la Lengua* (2010), Academia Mexicana de la Lengua, t. XXXII, México.
- Nervo, Amado (1991), *Obras completas*, Aguilar, México.
- Pagaza, Joaquín Arcadio (1887), *Murmurios de la selva. Ensayos poéticos*, Imp. de Francisco Díaz de León, México
- Revistas literarias mexicanas modernas, Barandal 1931-1932, Cuadernos del Valle de México 1933-1934*, FCE, México.
- Sánchez, Pedro J. (1948), *Episodios eclesiásticos de México*, edición de autor, México.

- Solana, Rafael (1981), *Barandal 1931-1932, Revistas literarias mexicanas modernas*, FCE, México.
- Torre Villar, Ernesto de la [comp.] (1971), *Lecturas históricas mexicanas*, t. V, Empresas Editoriales, México.
- Virgilio (1967), *Bucólicas*, trad., notas y versión de Rubén Bonifaz Nuño, Programa Editorial de la Coordinación de Humanidades-UNAM, México.

Hemerografía

- Ábside* (1937), t. I, núms. 2, 4, 5.
- Ábside* (1939), t. III, núms. 1, 4, 8.
- Carreño, Alberto María (1954), *Ábside*, t. XVIII, núm. 3, agosto, pp. 294-308.
- Garibay, Ángel María (1937), “Tres poemas aztecas. Versión del náhuatl y anotados”, en *Ábside*, t. I, núm. 2, febrero, pp. 11-23.
- Novo, Salvador (1924), “Viaje”, en *Antena*, t. III, México, septiembre, p. 6.
- Tablada, Juan José (1934), “Magueyes y nopales”, en *Número*, núm. 3, México, p. 3.

Virgilio romántico*

* Obra escrita por Ángel María Garibay Kintana con motivo del 2º Milenario de Virgilio y el 1º Centenario del Romanticismo. El insigne humanista y poeta, autor de estos sonetos –inéditos hasta hoy–, nos descubre con arte exquisito algunas de las finas vetas románticas que corren –azules– bajo la marmórea blancura del más puro de los clásicos latinos. Así, una vez más, se corrobora –aunque se escandalicen los “artepuristas”– la honda verdad del axioma rubendariano: “¿Quién que es, no es romántico?”.

“... Haec incondita solus
montibus et silvis studio iactabat inani”.

Égloga II, vv. 4-5

I. ¡FORTUNATE SENEX...! (ÉGLOGA I, vv. 47-59)¹

¡Tengo mis campos...! Si desnuda piedra
los cubre, o junco de fangoso lago,
no de hierbas malignas el estrago,
ni de vecina grey el mal me arredra.

Entre sabidos arroyuelos medra
mi grey... Yo, en sombra de frescor me embriago,
o en sacra fuente mi hosca sed apago,
o al abrigo me tiendo de la hiedra.

Las flores liba susurrante abeja
de amargo sauce..., el sueño me domina...,
cabe alta roca, el leñador su queja

en cantos vierte..., tórtola, vecina
de la ronca torcaz, suspiros deja...
¡Qué ambición, qué dolor a mí se inclina?

¹ ¡Viejo afortunado! Traducción de Rubén Bonifaz Nuño, en Virgilio, 1967, p. 3.
(N. del E.)

II. MEA REGNA VIDENS (ÉGLOGA I, v. 67 ss.)²

¿No a la patria tornar? ¿La pobre choza,
amasada de césped, algún día
volveré a contemplar? ¡Ay, era mía
esta rica parcela...; hoy la destroza

brutal soldado con guadaña impía!
¡Oh cívica discordia, el fruto goza!
¿A este fin el arado hiende y roza
fecundas tierras? ¿Quién plantar ansía

el fructuoso peral? ¿Quién la vid tierna?
¿Quién sus greyes verá escalar la roca,
tendido al glauco frío en la caverna?

¡Cantos ya nunca entonará mi boca!
Más dura es mi soledad interna:
itodo trocaste en ruinas, alma loca!

² Al ver mis reinos. Traducción de Rubén Bonifaz Nuño, en Virgilio, 1967, p. 4 (N. del E.)

III. NE CREDE COLORI (ÉGLOGA II, v. 17)³

De sombra se harta la dormida oveja,
verde lagarto el cardonal disfruta,
y vibra al sol en mi cansada ruta
de la cigarra la estridente queja.

La paz doquier: sólo de mí se aleja,
a mí el Amor sólo desdén tributa;
sólo él de roca es: ni ardor le inmuta,
mi llanto mismo impávido le deja.

¡Necio! ¿no ves? La rosa se marchita,
aunque de nieve, y funeral jacinto
con galas negras aún vivaz palpita.

Ya en las linfas me vi: de ti distinto,
bello soy yo también, y Amor habita
de mi alma desolada en el recinto.

³ No en el color demasiado confíes. Traducción de Rubén Bonifaz Nuño, en Virgilio, 1967, p. 6. (N. del E.)

IV. TRAHIT SUA QUEMQUE VOLUPTAS (ÉGLOGA II, v. 65)⁴

El amor de las selvas en mí rige,
¿qué importa que a la oveja siga el lobo,
y al lobato el león ebrio de robo,
si al cítiso la oveja se dirige?

Busco ritmos de Pan y los renovo,
y el fuego del amor también me aflige;
si a la sombra, al morir, el sol le exige
que se alargue, también mi sombra innovo.

¿Loco? ¡Tal vez! Mas, ¿quién le puso freno
a una loca pasión? Los bosques amo
y en ellos libo dichas o veneno,

y este rústico ardor en que me inflamo
me hace vibrar más hosco y más sereno...
Dejadme en libertad: más no reclamo.

⁴ A cada uno su placer lo arrebató. Traducción de Rubén Bonifaz Nuño, en Virgilio, 1967, p. 8. (N. de E.)

V. ET ME PHOEBUS AMAT (ÉGLOGA III, vv. 63-75)⁵

Me ama Febo también. Perennes dones
prodiga en mi redor: laurel sombrío
de rojas frondas, silencioso y pío,
que frentes ciñe y mata corazones.

Me ama Febo también. De sus arpones
libre me deja: de su amor yo fío
si veo al jacinto, cabe undoso río,
rubescence agitarse a mis canciones.

De árbol silvestre que mi mano cuida
aurilucientes pomas siempre cojo...
¿Qué me importa el amor, si Amor me olvida?

La flor de ayer, mañana la deshojo.
Ni afán, ni celo, ni odio me intimida
y en paz no rota sin cesar me alojo.

⁵ Y Febo me ama. Traducción de Rubén Bonifaz Nuño, en Virgilio, 1967, p. 13.
(N. del E.)

VI. MIHI SOLUS AMYNTAS (ÉGLOGA III, vv. 80-85)⁶

Lobo crüel que los establos viola,
lluvia importuna que la mies doblega,
viento impetuoso que rugiendo llega
a devastar la trémula corola.

Agua sutil que los jardines riega,
sauce frondoso que el follaje inmola,
cual el madroño, por la oveja sola
que a pacer mansa y muda se le apeg...

¿Qué fuiste para mí? ¿Cuál don prefiero?
¿el que da muerte o el que gozo anida?
¿agua serena o vendaval austero?

¡Todo lo tuyo amo: me convida
lo mismo tu furor, bajo el cual muero,
que tu beso de miel, que siembra vida!

⁶ A mí, sólo Amintas. Traducción de Rubén Bonifaz Nuño, en Virgilio, 1967, p. 15. (N. del E.)

VII. LATET ANGUIS (ÉGLOGA III, vv. 92-95)⁷

Huid, incautos, no toquéis las flores,
ni la fresa naciente en el otero
vuestro afán busque: su aguijón artero
encubre la serpiente y sus dolores.

Si del agua anhelosa los frescores
venís buscando, ved que es traicionero
el borde del torrente: yo no quiero
que en el fango manchéis vuestros primores.

Flores corté también: fueron ponzoña
que para siempre hartó mi alma bisoña
y hoy mi amargura a todo comunico.

Libé frescuras, me bañé en cristales,
y hoy los años dejáronme fatales
de todo exhausto: en sed y manchas, rico.

⁷ La sierpe se oculta. Traducción de Rubén Bonifaz Nuño, en Virgilio, 1967, p. 16. (N. del E.)

VIII. OMNIS FERET OMNIA TELLUS (ÉGLOGA IV, vv. 23-39)⁸

Inculto campo muelle arista dora,
de bronca zarza cuélgase el racimo,
muerta se mira en rezumante limo
verdinegra serpiente engañadora.

Todo el campo de pétalos se enflora,
miel perfumada de cantueso y timo
ya en la corteza de la encina exprimo,
mi cordero en mil luces se colora.

¿Quién el prodigio obró? La virgen bella
que ríe en la flor y parpadea en la estrella,
y es rumor en el viento y en el río.

No hay roca erial, no hay páramo infecundo,
si la Belleza que produjo el mundo
descubre a un alma su lenguaje pío.

⁸ Dará todo toda la tierra. Traducción de Rubén Bonifaz Nuño, en Virgilio, 1967, p. 19. (N. del E.)

IX. TUMULO SUPERADDITE CARMEN (ÉGLOGA V, vv 42-48)⁹

Un sepulcro labrad, poned un verso
en su cúspide triste: cayó herido
quien, al reir, el campo hacía florido
y en cuyo son el bosque quedó inmerso.

En vez de la violeta, ya el adverso
cardo sus agujones tuerce erguido,
y al purpúreo narciso ha sucedido
el cruel acanto, en lacerar perverso.

Sopor que invade tras la brega dura,
o, en los ardores estivales, vena
que al cansado viajero da frescura,

fue para mí su canto... Mi alma llena
hoy un eco preñado de amargura
que, al traspasarme, en dicha me enajena.

⁹ Un canto añadido en el túmulo. Traducción de Rubén Bonifaz Nuño, en Virgilio, 1967, p. 23. (N. del E.)

X. IPSA SONANT ARBUSTA (ÉGLOGA V, v. 64)¹⁰

Cantan las rocas, canta el arroyuelo,
canta la brisa, canta del rocío
el trémulo caer, y el musgo frío
canta cuando en sus hojas cruje el hielo.

Todo es cantos el bosque: sin recelo
vengo a escuchar su canto, porque el mío,
cual él, se haga indomeñable y pío,
que avasalle y que mate y dé consuelo.

El canto de los árboles encierra
un misterio de nidos, que fecunda,
y un misterio de ráfagas, que aterra.

Cuando en tal canto el corazón se inunda,
el dolor de la vida se destierra
y el amor de lo eterno sobreabunda.

¹⁰ Suenan las mismas florestas. Traducción de Rubén Bonifaz Nuño, en Virgilio, 1967, p. 24. (N. del E.)

XI. FORMOSI PECORIS CUSTOS FORMOSIOR IPSE (ÉGLOGA V,
v. 44)¹¹

No la vana belleza que la urna
de alabastro aprisiona en el ungüento,
ni la que resplandece en el portento
de ave locuaz o nieve taciturna.

Una belleza tengo, en que se turna
con la miel el acíbar y en que siento
arder mi corazón, callado y lento,
cual crepitante lámpara nocturna.

Bella es mi grey, forjada a los candores
de una rústica luz y es más fogoso
el profundo vigor de mis dolores.

Si con verme –no más– tiene reposo,
para dárselo yo, muero de amores:
si es hermosa mi grey, soy más hermoso.

¹¹ Custodio de hermoso rebaño, más hermoso yo mismo. Traducción de Rubén Bonifaz Nuño, en Virgilio, 1967, p. 23. (N. de E.)

XII. HIC ARGUTA SACRA PENDEBIT FISTULA PINU
(ÉGLOGA VII, v. 24)¹²

En este musgo resbaló mi llanto,
aquí lloré también, y mi tristeza
quise matar con ritmos de belleza
y, en vano, en vano modulé mi canto...

Sagrado pino, si tu amor es tanto
cual promete el vaivén de tu cabeza,
mi flauta ten: ampare tu firmeza
su débil caña en resonante manto.

¡Me voy! El bosque que sintió mis huellas
no ha de vibrar ya nunca a mis querellas:
cual su follaje, llévame el destino.

Y cual diamantes rodarán las gotas
de tus resinas... ¡Ay, serán las notas
con que llore mi flauta, sacro pino!

¹² Aquí la sonora flauta penderá del pino sagrado. Traducción de Rubén Bonifaz Nuño, en Virgilio, 1967, p. 31. (N. del E.)

XIII. HIC PLURIMUS IGNIS (ÉGLOGA VII, v. 49)¹³

Eres más dulce que la miel hiblea,
más que los cisnes del estanque, puro;
todo el vigor del pámpano maduro
en tus labios rientes centellea.

El enebro se yergue, el pino ondea
de tus ojos al trémulo conjuro;
de sazonadas pomas está obscuro
ya mi huerto y el sol relampaguea.

Eres sonrisa y luz, eres perfume
en las flores, reflejo en el profundo
éter cerúleo que el ardor consume.

En tu anhélito eterno yo me inundo...
¿En qué nombre tu gloria se resume?
—Soy el Amor que regenera al mundo.

¹³ Aquí muchísimo fuego. Traducción de Rubén Bonifaz Nuño, en Virgilio, 1967, p. 32. (N. del E.)

XIV. EXTREMA MORIENS TAMEN ALLOQUOR HORA
(ÉGLOGA VIII, v. 20)¹⁴

Bosque murmurador, locuaces pinos
que nunca enmudecéis bajo los vientos,
testificad: ¡ya muero! Los lamentos
en mis labios suceden a los trinos.

Vagabundo canté por los caminos:
rumor al agua; al huracán, acentos
supe robar, mas hoy, apenas lentos
acordes me arrebatan mis destinos.

¡Voy a morir! Que cóncavo resuene
mi canto postrimer en la cañada,
que el bosque undoso de mi voz se llene;

de dolor se estremezca la enramada
y, antes que al cuerpo mi alma se enajene,
diga, al partir, su estrofa más amada.

¹⁴ Hablo no obstante, en la hora extrema, muriendo. Traducción de Rubén Bonifaz Nuño, en Virgilio, 1967, p. 35. (N. del E.)

XV. UT VIDI, UT PERII (ÉGLOGA VIII, v. 41 ss.)¹⁵

Ver y morir, ¡qué cosa fue primero?
Han corrido los años, y no pudo
saberlo el corazón... Allá en mi rudo
jardín las pomas recogía ligero

cuajadas de rocío... Posado artero
lo vi en un árbol, cándido y desnudo,
mas con un arco y un carcaj sañudo
y supe que el Amor es traicionero.

Riendo siempre, me lanzó una flecha
y el alma incauta me dejó maltrecha
con llaga ardiente que sin fin se ahonda.

Y, cautivado, el huerto no abandono,
y, en vez de huir su dardo con encono,
¡mil dardos pido que en mi pecho esconda!

¹⁵ Como vi, ¡cómo perecí! Traducción de Rubén Bonifaz Nuño, en Virgilio, 1967, p. 36. (N. del E.)

XVI. FRIGIDUS IN PRATIS CANTANDO RUMPITUR ANGUIS
(ÉGLOGA VIII, v. 71)¹⁶

Tarda serpiente gélida se estira
con pesado sopor entre las flores;
el prado mancha en lúgubres colores,
ponzoñoso rencor fea respira...

Trémulo brota el ritmo de la lira
que enamorados tañen los pastores,
y ella trepida y tuércese, en dolores
de honda pasión, como demente, gira...

Da un salto al fin... y en su furor estalla,
rota en mil partes: ¡una melodía
vence su horror, su virus avasalla!

¡Y sólo tú no puedes, alma mía,
romper los nudos de la negra malla
que serpiente procaz te ciñó un día!

Huizquilucan, 1930.

¹⁶ Cantando, a la fría sierpe se rompe en los prados. Traducción de Rubén Bonifaz Nuño, en Virgilio, 1967, p. 37. (N. del E.)

Tres poemas inéditos

AGAVE

Monorrítmica yérguese el aspa
polimorfa, en vaivén en que irisa
el sol viejo su vieja sonrisa:
veleidosa la gélida brisa
de su veste la flámula raspa.

El agave retuerce su zarpa
y su máscula euritmia amortigua
porque teja el cristal de la exigua
soñolienta cadencia, la antigua
y remota sonata en su arpa.

Canta indómita y ardua la púa
y en su pétrea aridez equilibra
con el tenso vigor de su fibra
la inquietud en que el ósculo vibra
y de polvo sus hojas tatúa.

Memorioso de rito hierático,
por sus venas de jade desgrana,
a la gélida intacta mañana,
brincas risas, que son obsidiana
en basalto de risco selvático.

Ríe el agave, su risa se queja
de los rostros de bronce en añoro:

brisa y polvo le cuajan un coro
y el berilo se alía con el cloro
en la verde viviente madeja.

Es materna su ríspida pulpa
que a la gleba los jugos rapiña
y, con dejos sutiles de niña,
en sus cuencos en miel los aliña
y los vuelve veneros de culpa.

De la gleba, del sol y del viento,
como una hembra insaciable, se engulle
el aliento de vida que fluye
y con gérmenes mil reconstruye
de otra vida inasible el portento.

De la bronca y estéril estepa,
reino sólo del cactus y el risco,
indomable, robusto y arisco,
atesora en su verde obelisco,
miel de fuego en recóndita cepa.

El cristal de los ámbitos muerde
con sus hojas, cual múltiples labios,
y su piel, que dio libro a los sabios,
hiende al sol, en repulsa de agravios,
y hace negro un dolor que era verde.

En el páramo fosco y sediento,
que el sol tuesta y las rachas azotan,
do los cactus escuálidos brotan,

y en las noches vestiglos mil trotan,
es un verde inmortal monumento.

Monumento de gloria vetusta
de milenios en síntesis viva,
que en sus ríspidas pencas cautiva
al igual la sonrisa lasciva
y la ira indomable y robusta.

Todo un canto inexpreso comprime
en su airoso vivir el agave
y él, él sólo conserva la clave
del dolor macerado del ave
y la ruda tormenta que gime.

Oh maguey, con tenaz simbolismo
a mil razas tu faz perpetúa,
escribiendo el azul con tu púa:
de los siglos, cual verde falúa,
te remontas eterno al abismo.

En tu rígida indómita pauta
sinfonías entreteje el arcano,
y es un eco y un lloro lejano
en que late un dolor sobrehumano,
como un dejo perdido de flauta.

Cuando el último agave, agostada
su corola, desgránese yerto,
quedarán en la gleba tostada
un impulso al amor, nunca muerto,

ÁNGEL MARÍA GARIBAY K.

un sollozo de endecha frustrada
y un latir de la vida pasada
que en su fuego estremezca al desierto.

ANHELO

Es música sagrada
la del viento que llora
en los secos maizales del camino:
tiene son de balada
de doncella que añora
el regreso del novio peregrino.

Es un beso súave
el rayo silencioso
de la luna que baja hasta la fuente:
cual silueta de nave
que en el mar rumoroso
pasa, boga, se esfuma tristemente.

En la gruta sombría,
de la incansable gota
resuena acompasado el martilleo:
se recata del día
y en la sombra, su nota
dice el agua, sin miedo ni deseo.

Yo quisiera ser viento,
yo quisiera ser luna,
yo quisiera ser gota...:
olvidados, idoquier siembran la calma!
Ansia invencible siento

yo de tornarme en una
fuente de paz que, rota
por el dolor, al mundo diera el alma.

Que cuando mi voz toque
las almas, cantos deje:
sea rayo que besa y enamora,
nave que dicha evoque,
gota que ensueños teje,
fuerza que labra y corazón que llora.

MI FILOSOFÍA

Solitario y altivo, como el águila,
hollé la nieve y escalé la cumbre,
del sol de invierno me bañé en la lumbre
y hoy me agobia una amarga pesadumbre,
soy cual paloma que persigue el águila.

Quise vestirme con el albo copo
que con candores de ilusión se irisa,
robar a la mañana su sonrisa,
a la noche su plática indecisa,
y yazgo mudo, cual helado copo.

En los cristales de la fuente gélida
hundí mi ardiente corazón de lava;
quise lanzar el dardo que se clava
mi alma en su seno, y dominar la brava
lumbre de amores..., ¡y tornóse gélida...!

Amé la vida y evité la muerte
y con adusto batallar empujo
mi endeble barca, con mi remo estrujo
de las olas amargas el reflujo
que ha de abismarme en brazos de la muerte.

Mi alma que supo de ternuras castas,
hoy a su loca soledad se aferra;

amó la paz y aborreció la guerra
y hoy en las ruinas de su fondo encierra
leves reliquias de ternuras castas.

Del hosco ayer o del feliz mañana
afán esquivo me domina nunca...;
sin norte bogo en mi barquilla adunca,
y, iaunque mi dicha se debata trunca,
el ayer no me importa ni el mañana...!

10 poemas cortos en náhuatl

Es FÁCIL, con información de tercera, cuarta y aun décima mano, negar no sólo la existencia, sino aun la posibilidad de la poesía indígena precortesiana. Y, más que difícil, laborioso y molesto, acudir a las fuentes primitivas que recogieron los misioneros del siglo xvi. Cada hora de estudio de esta documentación se ve recompensada con sorpresas consoladoras. Sorpresas que suscitan nuevas interrogaciones por cierto.

“Para un observador superficial, podría parecer que el pasado precolombino de México se va aclarando con los descubrimientos más recientes. Pero, ¡cuánto misterio queda aún por aclarar!”.¹ Esto, dicho de la arqueología, puede también aplicarse a las diversas literaturas iniciales de las antiguas razas. ¿Cómo pudo llegar al refinamiento una raza reputada de bárbara? Y refinamiento hay en muchos de sus poemas. Aquí presento, en su texto primitivo, con versión y notas, una muestra de ello. Materia digna de atención a los estudiosos y no desagradable a la verdad para los curiosos de información general.

El poema corto bien logrado es indicio de refinamiento literario. Se llega a veces a exageraciones artificiosas, pero

¹ Jacques Soustelle, “Science”, París, 1938.

esto no amengua su importancia para juzgar de un mundo literario por la brevedad de sus poemas. El soneto en la Italia del Renacimiento, como el epigrama en todas las épocas de la literatura griega, son flores que no pudieron brotar en campo no desbrozado e inculto. En uno y otro género se manifiesta la exquisitez de la cultura poética. ¡Cuántos sonetos de Miguel Ángel² y de Shakespeare³ bastaran para hacerlos inmortales!

Chinos y japoneses, con un refinamiento de milenaria cultura, han hallado la expresión de la poesía en lindísimos poemas cortos, sugerentes y profundos muchas veces, casi siempre de un acabado perfecto. He aquí cómo describe la flor de loto el poeta Ch'en Ngo:

Levemente sumerge su verde cofia,
cuando al pasar junto a ella sopló el céfiro;
roja y desnuda se muestra
cuando está segura de estar sola;

o este otro en que Hsin Ch'ichi resume toda la filosofía de la vida:

En los días de mi juventud
sólo gustaba yo la alegría,
pero me placía subir al último piso,
pero me placía subir al último piso,
a escribir un canto de pretendida tristeza;

²Vgr. el que comienza: "Veggio co' be' vostr'occhi un dolce lume..." (Poesie, CIX).

³Vgr. el que comienza: "Devouring Time, blunt thou me lion's paws..." (Sonnets, XIX).

Ahora he gustado
sabores de dolor, amargo y rudo,
y no puedo hallar una palabra,
y no puedo hallar una palabra,
sino decir puramente: ¡Qué dorada hora otoñal!⁴

Bien nos da muestras de esta manera de poesía –con amañeramiento quizá–, nuestro Tablada:

Es mar la noche negra,
la nube es una concha,
la luna es una perla.⁵

Garza, en la sombra,
es mármol tu plumón,
móvil nieve en el viento
y nácar en el sol.⁶

Al golpe del oro solar,
estalla en astillas el vidrio del mar.⁷

En el cual pinta “Los peces voladores”.

Existen poemas análogos a éstos en nuestras antiguas literaturas. Por vía de cotejo cito éstos de origen maya:

⁴ Poemas tomados de Lin Yutang, *My country and my people*, Nueva York, 1938, pp. 254 y 348.

⁵ *Un día*, Caracas, 1919.

⁶ *El jarro de flores*, Nueva York, 1920.

⁷ *Ib.*

Tristísima estrella
adorna los abismos de la noche:
enmudece de espanto en la casa de la tristeza.
Pavorosa trompeta suena sordamente
en el vestíbulo de la casa de los nobles.
Los muertos no entienden, los vivos entenderán.⁸

Toda luna, todo año, todo día, todo viento
camina y pasa también:
así toda sangre llega al lugar de su quietud,
como llega a su poder y su trono.⁹

Las abejas rojas se derraman sobre la tierra de Oriente.
La rosa roja es su jícara, la flor encarnada es su flor.
Las abejas blancas inundan la tierra del Norte.
La rosa blanca es su jícara, la flor blanca es su flor.
Las abejas negras se derraman sobre las tierras del Poniente.

El lirio negro es su jícara, la flor negra su flor.
Las abejas amarillas inundan las tierras del Sur.
El lirio amarillo es su jícara, la flor amarilla su flor.¹⁰

Estos poemas y otros análogos se hallan en los restos de libros sagrados de los mayas y deben tener un sentido esotérico; encerrado bajo el enigmático ropaje de su belleza.

⁸ *Chilam-Balam de Chumayel*, versión de A. Mediz Bolio, San José de Costa Rica, 1930, p. 43.

⁹ *Id. Ib.*, p. 35.

¹⁰ *Id.*, p. 19. En este último lugar se modifica el texto (*cf.* B. Ortiz de Montellano, *La poesía indígena de México*, M. 1935. p. 57), y en las tres citas se varía levemente en la redacción.

Ha perdurado esta técnica del poema cortó entre los nativos. Tomo estos ejemplos de un reciente acopio de poemas otomíes.¹¹

Florecita, florecita, estoy floreciendo aquí.
Que me corte, que me corte el que quiera.
Que venga, que venga, que me corte.¹²

Ayer florecía: hoy es marchita.¹³

Ya me voy —dice la vaca;
ya me voy —dice el buey.
Ya van bajando —dice el moscardón;
voy a seguirlos —dice la luciérnaga.¹⁴

Nada raro hallar, entonces, en los restos de la literatura nahuatlaca poemas semejantes, como los que van a leerse abajo.

Es natural que, debiendo transmitirse oralmente, se ajusten a todo procedimiento de transmisión tradicional, ayuda de la memoria. Brevedad, ritornelo, construcción rítmica o en escala, y la métrica peculiar de estos versos, ayudan a fijarlos en la mente. Uso común a todas las enseñanzas destinadas a ir de viva voz.

¹¹ R. Weitlaner y J. Soustelle, "Canciones otomíes", en *Journal de la S. d. Americanistes*, nouv. ser. t. XXVII, París, 1935, pp. 303-324. Versión levemente modificada. Reproduzco el texto otomí con modificaciones, por la dificultad de la impresión.

¹² *Zidōni zidōni didōngawá, / dadūiki dadūiki todané, / danyéa danyéa dadōgaguí.*

¹³ *Numandé endónito, / nurapaya iní' óndrito.*

¹⁴ *Yadamaga engrá baga, / yadamaga engrá boi. / Ya sharagani engrá rgane, / magateni engrá deni.*

Nótese el artificio de la forma, a base de aliteraciones. El inolvidable González Casanova hacía notar que la manera del primer poema aquí citado es "la misma forma del Hai-Kai japonés" [...].

Todo el Sermón de la Montaña podría ajustarse a este esquema.
Vaya un solo ejemplo:

No atesoréis tesoros sobre la tierra,
donde el gusano y la polilla consumen,
y donde los ladrones horadan y roban:

atesoraos tesoros en el cielo,
donde ni el gusano ni la polilla consumen,
y donde los ladrones no horadan ni roban:

que donde está tu tesoro, allí estará tu corazón.¹⁵

No quiero detenerme a analizar la cuestión del verso náhuatl. Pues aquí se pone el texto original, distribuido más bien por frases rítmicas que por versos medidos, aunque se tiene presente el ritmo, juzgue el oído del lector si hay o no hay medida rítmica. Yo por mí la tengo por cierta, pero no es de esta breve nota su examen.

El texto se tomó directamente de los manuscritos que en cada lugar se señalan. En algunos casos se redujo a la actual manera de escribir el náhuatl, que dista mucho de ser uniforme en los viejos documentos. La división de palabras se hizo de acuerdo con el sentido y en algún caso que se notará en su lugar, hasta una que otra leve corrección del texto.

La versión es literal en cuanto me es posible, aunque tomada cuenta de la diferente índole de la lengua original y

¹⁵ Mt. 7, 21. Muy útil es en esta materia la lectura de libros como D. H. Müller, *Die Bergpredigt im lichte der stropfenbautheorie*, Vienna, 1908; C. F. Burney, *The poetry of our lord*, Oxford, 1925. G. A. Smith, *The early poetry in Israel in its physical and social origins*, Londres, 1912, pp. 14 ss.

la castellana. No tengo la pretensión de que sea perfecta mi versión.

Las notas que se agregan al calce de la versión son muy sobrias pero necesarias. Yo hubiera querido prescindir de ellas, por el mal estómago que hace toda erudición o cosa que se le parezca, a los que todo lo quisieran ver como una obra de imaginación: novela o cuento. Tengo para mí que es el único campo en que no cabe la erudición, y sin embargo, ¡qué falta hace a veces allí mismo!

He seleccionado para esta muestra de poesía corta en náhuatl, poemas que sean comprensibles para todos, sin grandes aclaraciones. Materia universal, como es la vanidad de la vida, la belleza de la poesía, etc. Sólo en los dos últimos poemas hago una excepción. Era necesario poner muestras de la poesía sagrada encerrada en esta modalidad del poema corto. Allí, quiérase o no, las notas tienen que ser algo más amplias.

Naturalmente, para una raza tan guerrera, los poemas guerreros son mucho más abundantes. No incluyo ninguno, sin embargo, por tener más oscuridad su expresión metafórica o simbólica, y porque se vea que, si la guerra predominaba en la mente azteca, no era exclusiva, ni mataba el dulce contemplar de la belleza de las cosas humanas, sobre todo, la eterna preocupación de la vida recta, que es, en suma, el pensamiento de la muerte.

Finalmente, no se crea que son estos poemas los únicos: hay como ellos muchos otros; eso sí, perdidos entre una enorme suma de versos y que exigen paciencia para desglosarlos y considerarlos aisladamente, ver su entronque con el resto y, en algunos casos, eliminar de ellos los cándidos atenuamientos cristianos con que un corrector, fraile o indio con-

verso (quizá más lo segundo), quiso quitarles su sabor pagano, sin lograr otra cosa que hacer amalgamas insufribles, pero tan mal hechas, que es fácil limpiar el texto. En los que van en seguida no hay nada de ello. Se ponen tal cual se hallan en los manuscritos.¹⁶

1

*Yecoc xochitl: man nequimilolo, man necuiltonolo,
antepilhuan: huelixtihuitz, cuecuyontihuitz;
zanyo xopan nomacaticihuitz cempohualxochitl.*

Yecoc xochitl tepetitech!

Ya maduraron las flores: truéquense en ropaje y gala,
oh príncipes: vienen a mostrar su bello rostro, vienen a irradiar
[su brillo;
sólo en primavera logro alcanzar el cempoalxúchitl.

¡Ya maduraron las flores a la falda de la montaña!

Notas: *Cant. Mex. ut supra*, foja 14, líneas 8-10. Pertenece a una sección que se inicia en la f. 7 con esta inscripción: "Aquí comienzan los cantos... con que se celebraban las hazañas de

¹⁶ Como casi todos los poemas abajo incluidos se toman del manuscrito de la Biblioteca Nacional, doy aquí la referencia bibliográfica, para referirme sólo a las fojas posteriormente. Dr. Antonio Peñafiel, *Cantares en idioma mexicano*, reproducción facsimiliaria, México, 1904.

Los dos últimos poemas se tomaron del manuscrito de Sahagún existente en el Palacio de Madrid, editados fotocópicamente, Del Paso y Troncoso, Md. 1905, VI. VI, cuad. 2, pp. 48-64.

Para la lectura de los textos téngase presente que el acento es grave en casi la totalidad de las palabras nahuas.

los reyes de Huexotzinco... (*ic moquichitoaya in tlatoque huexotzinca*), y se halla entre los cantos de la tercera serie, o sea de carácter elegíaco (*icnocuicatl*). La comparación con su contexto hace ver la unidad del poemita. No hay indicio del autor.

Yecoa es verbo transitivo “acabar una obra”: su neutro *yeco*: “llegar a término”.

Huel-ixtia: “mostrar hermoso rostro”; *cuecuyontia*: “reverberar la luz”. Cfr. *cuecuyoca* ap. Molina.

Nomaciatihuitz puede dividirse *noma aci...* y en tal caso “mi mano logra...”. Probablemente es primera persona.

El *cempohualxochitl* (“veinte flores”, o mejor: “flor perfecta”) es la bellísima flor amarilla que todos vemos en el día de finados usada aún por nuestros indios. Su brillante color de oro la asimila a la crisantema. Como ella es una flor ritual y sagrada. Es el *Tagetes erecta* L. (León, Martínez).

2

Nihuinti, nichoca, nicnotlamati,
nicmatti, niquitoa, niquilnamiqui:
Macaic nimiqui, macaic nipolihui.
Incan ahmicohua, incan ontepetihua y ma oncan niauh:
Macaic nimiqui, macaic nipolihui.

Soy cual un ebrio, lloro, sufro,
 si sé, digo y tengo presente:
 ¡ojalá nunca muera, ojalá nunca perezca yo!

Allá donde no hay muerte, allá donde se triunfa, allá vaya yo:
 ¡ojalá nunca muera, ojalá nunca perezca yo!

Notas: *Cant. Méx.* f. 14 vt. lin. 17-20. Pertenece a la misma serie que el anterior.

Ahmicohua, forma impersonal negativa; “no se muere”; *tepetihua* creo que es una pasiva de *tepetía*, “hacer cerro, o subir al cerro”, encumbrar. Su congénere *tepehua* es “conquistar”. Entiendo como expresión de su anhelo de triunfar o quizá, se encumbra a los cielos, con los guerreros muertos que van en pos del sol.

3

Zan toncochitlehuaco, zan tontemiquico:
Ahnelli, ahnelli tinemico in tlalticpac.

Xoxopoan xihuítl ipan tochihuaco:
hualcecelia, hualitzmolini in toyollo,

xochitl in tonacayo: cequi cueponi, oncuetlahuia.

Sólo vinimos a dormir, sólo vinimos a soñar:
no es verdad, no es verdad que vinimos a vivir en la tierra.

En yerba de primavera vinimos a convertirnos:
llegan a reverdecer, llegan a abrir sus botones nuestros
[corazones,
es una flor nuestro cuerpo: algunas flores da y se seca.

Notas: *Cant. Mex.* f. 14 vt. lin. 3-6. Pertenece a la misma serie que los dos anteriores. Es uno de los lugares que nos convencen de que se trata de un breve poema. Es la cita de un antiguo poeta: “Como nos dejó dicho Tochiuitzin, como

nos dejó dicho Coyolchiuhqui...”, dice antes de intercalar el canto, y después repite: “es lo que dejó dicho Tochiuhuitzin (*in conitotehuac in Tochiuhuitzin*): el otro nombre es probablemente un epíteto del nombre propio. El poeta es probablemente de Huexotzinco, a donde estos cantos pertenecen.

“La vida es sueño”, pensamiento universal, que place hallar entre los poetas nahuatlacos.

Celia “estar verde la planta”, aquí el intensivo da fuerza especial; *itzmolini* “abrir la flor, retoñar”; *cueponi* “abrirse la corola”.

La idea de este poema es universal. Cfr. *vgr.* Salmo, 89, 6. Vid. el poemita otomí citado en nota 13.

4

¿Zanca yuhqui noyaz in oompopolihui xochitla?

¿Antle notleyo yez in quenmanian?

¿Antle nicauhcayez in tlalticpac?

¡Manel xochitl, manel cuicatl!

¿Quen conchihuaz noyollo?

¿Yehua onentacico, tonquizaco in tlalticpac?

¿Conque he de irme, cual flores que fenecen?

¿Nada será mi nombre alguna vez?

¿Nada dejaré en pos de mí en la tierra?

¡Al menos flores, al menos cantos!

¿Cómo ha de obrar mi corazón?

¿Acaso él en vano vino a vivir, brotar sobre la tierra?

Notas: *Cant. Mex.* f. 10, lin. 23-26. Pertenece al repertorio de cantos de Huexotzinco, como los tres anteriores, sólo que éste se halla en la segunda sección, que es de cantos de carácter

alegre (*Xochicuicatl*). Este poema finge una reunión de bardos en un festín del rey Tecayehuatzin (*Oc noncohuati nican Huexotzinco in nitlatohuani, ni Tecaehuatzin, ib. lin. 2*): uno de los concurrentes dice este canto.

Los dos últimos versos podrían quizá traducirse mejor: “¿Qué sucederá, corazón mío? ¿Es que en vano has venido... has brotado?”.

5

*Xoxopantla technemitia in teocuitlaxilotl;
techonithuitia tlahquecholelotl;
techoncozcatia in ticmati, yeehuaya,
ye ontlaneltocatoto iyollo tocnihuan.*

En primavera nos vivifica la dorada mazorca en ciernes;
es una luz para nosotros la rubia mazorca tierna,
y nos pone un collar de joyas al cuello
el que sepamos que nos son fieles los corazones de nuestros
[amigos.

Notas: *Cant. Mex. f. 12, lin. 22-25*. Es la parte final del *Xochicuicatl* de que se tomó el anterior poema. Tiene el breve poema cierto carácter enigmático o parabólico, indicado ya por el modo de enunciarlo: “Oh amigos, oíd la palabra de su sueño (*Auh toc-nihuané, tla xoconcaquican in itlatoltemictli*)”.

Teocuitlaxilotl “mazorca en ciernes de oro” (el “jilote” de nuestro aztequismo); *tlahquecholelotl* “rubia mazorca de maíz tierno” (el “elote” en el aztequismo actual). Nótese el uso de elementos de la región para simbolizar una bella idea. Si hallamos la vida en el maíz logrado, hallamos la dicha en la amistad.

6

*¿Cuix oc nelli nemohua a in tlalticpac, ihuioyahue!
 an nochipa tlalticpac? Zan achica yenicán.
 Telca chalchihuitl no xamani, no teocuitlatl in tlapani,
 no quetzalli poztequi yahui ohuaye.
 ¿An nochipa tlalticpac? Zan achica yenicán.*

¿Acaso es verdad que se vive en la tierra, ¡ay!
 acaso para siempre en la tierra? ¡Sólo un breve instante aquí!
 Hasta las piedras finas se resquebrajan,
 hasta el oro se destroza, hasta las plumas preciosas se desgarran:
 ¿Acaso para siempre en la tierra?
 ¡Sólo un breve instante aquí!

Notas: *Cant. Mex.* f. 17, lin. 16-19. Pertenece a una sección en que se recogen “cantos de los palacios de México, Acolhuacan, Tlalhuacpan, con que se deleitan los reyes (*inic imelelquizaya tlatoque*: f. 16 vt.)”. Se pone en labios de Nezahualcóyotl: “lo digo yo, Nezahualcóyotl (*niquittoa ni Neza*)”. No se puede decir si es o no del famoso rey.

La imagen de las gemas, el oro y las plumas es frecuente en los poetas nahuas, como una variante de la muerte de las flores, de que habla el poema 3 de los aquí puestos.

El manuscrito dice *oo quetzalli...*, por el paralelismo corrijo *no quetzalli...*

7

*Zan mochi nic-yocoya, yehuaya,
ninentlamatico in tlalticpac i ni-Moquihuitzin:
niquelnamiqi in ahuillotl, in papaquizyotl:
Aya, ¿cuix tictlamitazque? Yehuaya.*

*Zan nohuan nonnenemi, nontlatoa, yehuaya,
xochitl icuepoyan, cuicatli iyahualihcan,
aya, in oncan nemia noyollo. Ahuaya,
Ohuaye, ¿cuix tictlamitazque?*

¡En todo pienso, ay!
que vine a vivir sufriendo en la tierra, yo Moquihuitzin:
recuerdo el placer y la alegría,

Ah, ¿acaso hemos de ponerles fin?

Por doquiera ando errante, por doquiera digo:
en donde abren sus corolas las flores,
en donde hay un cerco de cánticos,
¡allí vive mi corazón, ay!
Ah, ¿acaso hemos de ponerle fin?

Notas: *Cant. Mex.* f. 22 vt. lin. 19-24. Pertenece a la misma sección de cantos de México y Acolhuacan. Se introduce hablando a Moquihuitzin, que puede ser el rey de Tlatilolco, en cuyo reinado terminó el señorío independiente (cfr. Sahagún, II, 283, ed. 1938).

Es probable que los locativos *xochitlicuepoyan*, *cuicatliyahualihcan* se refieran a la mítica región de Tamoanchan, origen de

la humanidad y reino de la poesía, de la cual tanto se habla en los poemas de esta colección. Raya en monótona la melancolía del pensamiento de la muerte sin remedio.

8

*Zanio nican, in antocnihuan, tontotlanehuico in tlalticpac:
i ticcauhtehuazque yectli yan cuicatl,
i ticcauhtehuazque ihuan in xochitl a ohuaya.*

*Ica nitlaocoya yehuaya ye mocuic o ipalnemohuani:
ticcauhtehuazque yectli yan cuicatl,
ticcauhtehuazque ihuan in xochitl.*

*Itzmolini xochitl, celia, mimilihui, cueponi, yeehuaya,
mitecpaonquiza in cuicaxochitl in tepan
tictzetzelo tic-yamoyahuaya, ticuicanitl.*

Sólo venimos a llenar un oficio en la tierra, oh amigos:
tenemos que abandonar los bellos cantos,
tenemos que abandonar también las flores. ¡Ay!

Por esto estoy triste en tu canto, oh tú por quien se vive:
tenemos que abandonar los bellos cantos,
tenemos que abandonar también las flores.

Brotan las flores, medran, germinan, abren sus corolas, ay,
de su interior brota el canto florido que sobre otros
tú haces llover y difundes, oh cantor.

Notas: *Cant. Mex.* f. 33 vt. lin. 15-20. Es de la sección llamada *Chalcapotl*, probablemente por haber sido recogida en Chalco.

Ninotlanehuia tiene el sentido de “tomar algo prestado para devolverlo en la misma especie” (Molina, 1571, f. 128 vt-b): de donde se le puede dar el de “llenar un oficio, cumplir con un cargo” (Cfr. Seler, com. al Himno III, 1).

El ritornelo aparece varias veces en los poemas del manuscrito *vgr.* f. 5 vt. lin. 13; f. 35, lin. 26 s. Quizá era de uso proverbial.

Entiendo el *mitecpaonquiza* compuesto de *mo-itec-pa-on-quiza*: “sacarse de dentro, hacer salir de dentro de sí”, por la forma reflexiva.

El “canto florido, flor de canto, flor y canto”, y frases similares, de acuerdo con la estilística de la poesía náhuatl es un sinónimo de “poesía, poema, canto”. En las representaciones pictográficas la palabra se expresa con una voluta que sale de la boca, pero el canto y la poesía, con una voluta adornada de flores.

Tepan: literal, “en alguno, sobre alguno”.

9

Atlayahuican ni Xochiquetzalli
tlac ya nihuitz aya motencalihuan Tamoanchan.

Ye quitichoca ya tlamacazecatla
Piltzintecutlo quiyatemoa ya ye Xochinquetzalla:
xoyahuia ay topa niaz.

—De la región de la lluvia y la niebla yo Xochiquetzalli
de día (¿?) vine, de... Tamoanchan.
—Ya la llora el sacerdotal Piltzintecutli,
busca ya a Xochiquetzalli.
—A la podredumbre iré.

Notas: Sahagún, *ut supra* (vid. nota 16), f. 277 vt. lin. 1-5. Este poema y el siguiente pertenecen a la breve colección que recogió Sahagún en Tepeapulco entre 1558 y 1560. Es grande su oscuridad, como es natural en textos rituales, que además conservan formas arcaicas de la lengua. En la columna segunda del manuscrito se ponen ciertas glosas que aclaran un tanto, aunque no deshacen todas las tinieblas. Hay además que tener presente el mito que celebran.

En este poemita me parece que se fingen tres voces diferentes: Xochiquetzalli habla, en primer término; en seguida el poeta, o sacerdote, y, al fin, el mismo Piltzintecutli. Para ser breve baste decir que es un mito análogo al de Perséfone, en las arcaicas religiones helénicas. De Xochiquetzalli, o Xochiquetzatl, dice Muñoz Camargo¹⁷

que habitaba sobre todos los aires y sobre los nueve cielos, y vivía en lugares muy deleitables y de muchos pasatiempos, acompañada y servida de muchas gentes, en grandes regalos deleitosos de fuentes, ríos, florestas de grandes recreaciones... Llamaban al cielo donde esta diosa estaba *Tamohuan ichan Xochitl ihcacan chicunauhiepanihcan itsehecayan*, que quiere decir... el lugar de Tamuan y en el asiento del árbol florido... donde los aires son muy fríos, delicados y helados, sobre los nueve cie-

¹⁷ Diego Muñoz Camargo, *Historia de Tlaxcala*, México, 1892, pp. 154 s.

los... Dicen que fue mujer de Tláloc, dios de las aguas, e que se la hurtó Tezcatlipuca, e que la llevó a los nueve cielos e la convirtió en diosa del buen querer.

Piltzintecutli es un dios solar, esposo de Xochiquetzalli.¹⁸ Por otra parte, esta diosa es una variante de Tlazoltéotl, diosa de la basura germinadora. En el mito se simboliza la anual evolución de la venida y de la huída de la vegetación primaveral, de su muerte en la basura y podredumbre, para renacer al fecundo ardor del sol renovador en la nueva primavera. Así Perséfone fue diosa de la germinación y, hecha esposa de Zeus Tókhnios, o Plutón, por la violencia del rapto, fue a ser buscada y recobrada por Ceres, o por Zeus Ouranios.¹⁹ Aquí, al hablar la diosa, dice que viene de su morada; el sacerdote en seguida canta la busca de ella por parte de Piltzintecutli; éste mismo expresa su deseo de bajar a la “podredumbre” de la muerte para recobrarla. Es lástima que la documentación conocida no sea más amplia y explícita en lo referente a este bello mito.²⁰

Tlac ya es dudoso en lectura y sentido. Conjeturalmente sólo lo relaciono con *tláca* “de día”.

Motencalihuan tampoco ha sido explicado y, al parecer, ni el glosador lo comprendió, pues no da correspondencia. No hay que pretender ser más conocedor que él. Como débil conjetura propongo estas interpretaciones: 1) “de tu casa de la abundancia” *mo-temi*: “estar lleno, haber abundancia de maíz,

¹⁸ *Historia de los mexicanos por sus pinturas*. Cfr. también Seler, *Comentarios al Cod. Borgia*, t. I, Berlín, 1904, pp. 222 s.

¹⁹ Cfr. por ejemplo Ovidio, *Metamorfosis*, libro V, vv. 315-641, en que resume y adorna datos de muy diversas fuentes.

²⁰ De gran interés literario y filológico sería la reconstrucción del mito íntegro, con datos recogidos aquí y allá, como en los Cod. Vaticano A, Telleriano Remense, Idea de una Nueva Historia, etcétera, de Boturini Benaduci, Madrid, 1746, pp. 63-66 ss.

cacao, etc.” (cfr. Molina, f. 97 vt.—a), con la *m* mudada en *n* por la gutural siguiente.; *calihuan* arcaico por *calhuan*, forma plural posesiva: “tus casas”. Si es cierta esta conjetura, se dirigiría a Piltzintecutli; 2) “de la cercada de casas”: *mo-* signo de forma reflexiva; *tentli*, “hilera”, *calli*, “casa”; la desinencia *-huan* sería indicio de pasivo. Mucho más dudosa para mí que la anterior.

Quitichoca puede ser una inversión por *tiquichoca*: “tú la lloras”, y en tal caso, se dirigiría a Piltzintecutli. La *-o* final de este nombre como aparece en el manuscrito puede ser una mala lectura de *-e* del vocativo. Así toda la segunda breve sección sería dirigida al dios solar, hablando con él.²¹

10

Ichimalipan chipuchica
huey a mixihuiloc yautlato aya;

Ichimalipan chipuchica
huey a mixihuiloc yautlato aya.

Coatepec tequihua tepetitlan
moxayahual tehuehuel:

Ayaqui nelli moquichtihuihui.
Tlalli cuecuechihuia:
aqui moxayahual tehuehuella.

²¹ Más amplia información, en el Com. de Seler a este canto, en la edición española de las Obras de Sahagún, M. M., 1938, V, pp. 98-103, y en L. Spence, *The gods of Mexico*, Londres, 1923, especialmente pp. 153-233.

Sobre su escudo, por la virgen
fue dado a luz el Gran Guerrero.

Sobre su escudo, por la virgen
fue dado a luz el Gran Guerrero.

En la montaña de la serpiente, el vencedor entre montañas,
(con) pintura de guerra y con escudo de águila.

Nadie por cierto pudo arrostrarlo.
La tierra se puso a dar vueltas
cuando él se puso pintura de guerra, (y tomó) el escudo.

Notas: Sahagún, *ut supra* f. 276 lin. 1-7. De los mismos himnos rituales recogidos en Tepeapulco. Celebra el nacimiento de Huitzilopochtli, deidad principal de Tenochtitlan. De acuerdo con el fragmento épico,²² que conservó Sahagún en el libro III, capítulo 1.²³ El aliento lírico del breve poema es admirable.

Ichimalipan- ichimalpan, “en, sobre su escudo”; forma arcaica. Ha de entenderse conforme al mito, “armado ya con su escudo”.

Chipuchica, ichpuchica, forma instrumental de *ichpochtli*, “doncella”. Este mito difiere un poco del citado por Sahagún, ya que la madre del dios no es doncella, sino casada y madre de los cuatrocientos y Coyolxauhqui. Tal vez el sentido de *ichpuchtli* no era primariamente sino de “mujer joven”, capaz de maternidad.

Yau tlato es mejor “capitán de guerra”.

Sabido es que se pintaban el rostro para guerrear los soldados aztecas, como casi todos los pueblos primitivos.

²² Espero en un próximo estudio examinar, D. f., la cuestión de la épica náhuatl.

²³ Ed. cast. M, 1938, I, pp. 259-262. Texto náhuatl, manuscrito matritense del Palacio, f. 132 vt. a 134 ft. Ed. de Selser, Stuttgart, 1927 (Einige Kapitel...), pp. 253-258.

El *tehuehuelli* era una insignia de Huitzilopochtli hecha de otate y piel, con plumones de águila.²⁴

Otumba, junio de 1939.

²⁴ Así lo describe Sahagún en su libro XII, capítulo 19: "... y llevaba su escudo: hechura de bambú; escudo de bambú, por cuatro partes (tiene) adorno con colgajos de pluma de águila; salpicado de mechones de pluma de águila" (manuscrito Laurenciano. ap. Seler, O. c. p. 500: ... *ihuan ichimal yetica, otatl in tlachihualli, otlachimalli, nauhcan tlapotonilli, cuauhtlachcayotica, ihuichachapanqui*).

Es muy natural que en este trabajo haya errores: fuera de mi impericia, los pocos elementos de trabajo científico de que dispongo lo explican bastante. Agradeceré las observaciones y, más aun, las correcciones de los peritos.

Verdad de la ficción*

ACOTACIONES A UN TRIÁLOGO

* Discurso de recepción como miembro de número de la Academia Mexicana de la Lengua, leído en la sala "Manuel M. Ponce" del Palacio de Bellas Artes de México, la noche del 23 de abril de 1954

FAUSTOS Y NEFASTOS SON los días del hombre. Como si las hilanderas fatales de la fábula, exactas personificaciones del vivir humano, dejaran caer en su trama un hilo de oro, que en la trigüeña urdimbre de la vida hiciera resaltar los resplandores. Días que la sombra hace más lóbregos, quedan cortados por un haz de luces que aclaran nuestros pasos.

Hoy es para mí uno de estos áureos días. Llego, señores, a la puerta de esta Institución insigne, una y multiforme en sus ramas abiertas sobre nuestra estirpe. Llego, no llamando con alardes de suficiencia, sino traído por vuestra bondad. Nunca había comprendido cómo la benevolencia y la nobleza de alma hace miopes a los entendidos: esta ocasión me hace comprenderlo. Próceres manos, en número mayor del que piden vuestros estatutos, firmaron una petición para mi ingreso: todos vosotros me habéis acogido, indulgentes y esperanzados. Indulgentes, para un pasado que no trae sino espigas vanas; esperanzados para el porvenir, pues esta distinción vuestra me urge a trabajar más, y más ahincadamente en el campo de nuestra lengua y de nuestras letras castellanas. Cuando nacemos a la vida, no venimos nosotros, sino que somos traídos. Pero cuando nos damos plena cuenta de lo que es para nosotros la vida, la amamos a ella, y agradecemos a los que fueron instrumentos del iniciarse de nuestra existencia. De igual modo yo: cuando, sin

pensarlo, sin pretenderlo, y, no hay por qué hacer reticencias, aun sin quererlo, fui designado por esta alta elección, he percibido el don que se me hace, y me inclino agradecido ante los que así me han honrado, no para premiar lo que no existe, sino para alentar lo que debe existir.

Verdad es que personas de ligero juicio, aunque de muy benévola intención, me han atribuido conocimientos casi legendarios. Y no puedo negar que mi curiosidad insaciable me ha hecho asomarme a muchos abismos. Pero de ahí he sacado menos que el perfume que se lleva una mariposa, cuando en una flor fragante se detiene. Y para calificar estos conocimientos de “recónditas y peregrinas sapiencias”, que dijo uno de vuestros más ponderados miembros, ya hace mucho tiempo que he escogido uno de los pocos versos que quedaron del poema satírico que se atribuye a Homero, del perdido *Margites*. Verso que pudiera servirme de epitafio:

Poll'epístato érga, kakós d'epístato pánta

Aunque supo muchas cosas, todas las supo muy mal

Verdad es que, según un dicho de saber muy hondo, “el amor cubre la muchedumbre de los defectos”. Y el amor a nuestra lengua y a nuestras letras brotó en mí con la infancia. Pocos libros había en mi casa, pero fue mi fortuna haber casi comenzado a leer en los escritos de santa Teresa y de fray Luis de León, libros que no me han dejado jamás en el curso de mi ya no corta vida. De ahí mis fuegos para la lengua de veintidós pueblos. Y, si, como uno de vuestros más conspicuos miembros dijo, “me fue concedido el don de lenguas y el don de lengua” –iy él encerró en la frase última toda la malicia que puede contener!–, esa lengua mía ha sido siempre la castellana.

Allá en remotos tiempos mis ancestros hablaron otras lenguas. Unos, el vasco indómito; otros, el náhuatl maravilloso, o acaso el matlatzinca, tan indómito como el vasco. Cuatro siglos hace que hablamos ya solamente la lengua de Castilla, y ha tenido tiempo de fermentar en nuestras venas la sangre, para curarnos de exageraciones y de extremos. Cuatro siglos de mexicanidad hacen que ni haya adoración del hispanismo, ni idolatría de lo indígena. Una unidad vital hay en mi sangre, y una unidad vital hay en mi desmedrada cultura. Pero ésta, sea la que fuere, pobre y mezquina, “invoca a Jesucristo y se expresa en español”, para recordar el pensamiento de uno de los poetas máximos de nuestra lengua.

Es lo único que traigo, señores académicos: un amor sin medida a nuestra lengua; una entrega sin límites a nuestras letras. Como los israelitas al salir de Egipto, yo pretendo despojar las culturas extrañas, antiguas y modernas, para enriquecer la grandeza de mi solar nativo. Recibidme como soy, anheloso de labor, parvo en los esfuerzos, pero enorme en los sentimientos.

Cumplido este primer deber que la gratitud me impone, habría de llenar otro: elogiar a mi antecesor en esta silla. Pero también a mí, como a otros de los dignísimos miembros que me han antecedido, me toca ser el primero en esta ampliación del número de cátedras y de tribunales. Cátedras en que la verdad lingüística “limpia, fija y da esplendor” a la lengua. Tribunales de autoridad, que reprimen y se empeñan en desfacer los entuertos con los que los fermentados mandrines deturpan la belleza de la Dulcinea del idioma, por amores sajonzantes o bárbaros. No tengo ancestro en esta silla. Las palabras de alabanza para el inexistente miembro habrán de dar sobre la Institución en su conjunto y en su amplitud

histórica. Muy breve seré en loarla, antes de pasar al tema central de mis palabras.

No sin divino instinto, el marqués de Villena, émulo de las glorias de su nombre, inició en 1713 la Academia de la Lengua Española. Puso su sello real Felipe V, el 3 de octubre del año siguiente. Imitación acaso de la Francesa, la Española ha sido más feliz que ella. Fructificó en todas las naciones de habla hispana. Los pueblos que habían roto su vínculo político no podían romper el vínculo de la lengua, ni de la cultura. Fue la razón de que se pensara en instituir en la América de nuestra raza centros que, manteniendo su elevada autonomía, tuvieran las naturales ligas que una misma lengua impone. En noviembre de 1870 se instituyeron nueve Academias en el Continente Americano. A México cupo la honra de reunir su grupo en 1875.

Los nombres iniciales, aunque no todos lograran recibir la honrosa distinción porque a ella se anticipó la muerte, fueron blasones de nuestras letras. El presidente de la república, Lerdo de Tejada, un obispo, un deán, como presagio de las sotanas en la Academia. Y además de ellos, un Arango y Escandón, que abrió, antes que nadie, los secretos del proceso de fray Luis de León; un García Icazbalceta, venerable por su sabiduría y por su caridad; un José Fernando Ramírez, benemérito de nuestra cultura en el campo en que menos se estima, que es el de preparar y conservar los documentos para nuestra historia. Con ellos, Segura, Collado, Cardoso. Antes de entrar a la Academia, cruzaron los umbrales de la muerte el deán Moreno y Jove, y don José Fernando Ramírez. Para llenar su hueco y para ampliar la majestad de esta Institución fueron elegidos los señores Pimentel, Roa Bárcena, Ángel de la Peña, Pereda y Orozco y Berra.

El límite del tiempo me impide decir una palabra de alabanza en honor de aquellos fundadores. Me bastará recordar dos circunstancias. Tienen un lugar eximio los investigadores de nuestro pasado mexicano. No solamente García Icazbalceta, “padre de toda erudición”, sino Pimentel y Orozco y Berra. Son los que más admiro, acaso por haber sido tocados por los mismos fuegos que a ellos enardecieron. Pimentel, el que hace catálogo erudito y discreto de nuestras lenguas indígenas, y da principio a las investigaciones sistemáticas y orgánicas acerca de nuestra herencia literaria. Orozco y Berra, que en síntesis magnífica hace la exposición de la grandeza mexicana, antes de la llegada de Cortés. En ellos veo mi marca y a ellos sigo en este derrotero. Pero también al padre Segura, discreto estudiante de las lenguas de Oriente, y al gran poeta Roa Bárcena, que tan a fondo entró, con sus preciosas leyendas aztecas, por caminos por donde yo he andado. A todos ellos los saludo con veneración y dejo sobre sus tumbas una corona de laureles y de asfódelos.

La otra circunstancia es que las púrpuras episcopales y las negras sotanas vienen a matizar la Asamblea. Tradición que ha perdurado. Si junto a Lerdo de Tejada vimos a Ormaechea, obispo de Tulancingo, hoy día vemos al primado de México en efusivo abrazo con nuestro dilecto colega don Martín Luis Guzmán. Cumbres junto a cumbres jamás pueden tocarse. ¿Chocarán un día, acaso, por apocalíptico que ese día sea, el Popocatepetl y el Iztaccíhuatl? Regios y nevados ambos, son independientes en su altura. Esta conducta consuela en un mundo de incomprendiones y de diferencias, en que los hombres, por el solo color de su piel son discriminados, icuánto más por el color de sus pensamientos!

Una lengua y una mente sólo pueden tener un germen único: un amor. El amor humano, cuando no cabe en los corazonas el amor divino.

Cumplido este doble deber, voy, señores, a perfilar ante vosotros el esbozo de un libro. Porque exigiera un libro el tema que me he propuesto tratar ante vosotros. Hay un poema, que es para quien habla nuestra lengua, el que sigue en valor a la Biblia. Poema de la raza, sagrario del idioma, tiene todos los simbolismos ingénitos, con tal que sepamos desentrañarlos. Es un poema en prosa, un poema que hace reír y que hace pensar. Toda la galanura de la lengua y todo el saber de la raza se hallan florecientes en él. Lo escribió un mutilado, y su pluma ha mansamente dominado a todos los pueblos.

Hoy, que las filosofías se combaten y entrechocan y, al dar una contra otra, se deshacen cual pompas de jabón, quisiera buscar en el *Quijote* la adumbración de un problema filosófico, que puede ser bifásico, como la estatua de Jano, o la de nuestro Tezcatlipoca en su adoratorio de la vieja Tenochtitlan, en el sitio en que se llamaba *Necoc lxe*: con cara para un lado y otro.

¿Cuál es el valor de la fantástica creación del artista?

¿Qué ideal propone al mismo vivir humano?

Fácil es de ver que no es posible hacer más que insinuar pensamientos. Haberlos sacado de la mina de Cervantes puede ser mi único acierto de esta noche.

1

Hay en los capítulos 49 y 50 del *Quijote*, en su primera parte, una de las más regocijadas escenas. Pero también una de las más llenas de sentido filosófico. Hago el resumen de los hechos, para entrar al análisis de los pensamientos.

Sacaron a don Quijote de la jaula. Fue y se alejó un poco, y vino más aliviado. Allí lo aborda el Canónigo de Toledo, que lo había venido acompañando, y con discretas palabras, muy

de leer en su conjunto, pero que yo daré aquí solamente en resumen, defiende la tesis de la inanidad y vacío, fuera de la perniciosa y mendaz influencia en las mentes, de los libros de ficción literaria. Dijo en sus más sólidas razones el Canónigo, con la ampulosa y campanuda forma que ellos suelen:

¿Cómo es posible que haya entendimiento humano que se dé a entender que ha habido en el mundo aquella infinidad de Amadises, y aquella turbamulta de tanto famoso caballero, tanto emperador de Trapisonda, tanto Felixmarte de Hircania, tanto palafrén, tanta doncella andante, tantas sierpes, tantos endriagos, tantos gigantes, tantas inauditas aventuras, tanto género de encantamientos, tantas batallas, tantos desaforados encuentros, tanta bizarría de trajes, tantas princesas enamoradas, tantos escuderos condes, tantos enanos graciosos, tanto billete, tanto requiebro, tantas mujeres valientes y, finalmente, tantos y tan disparatados casos como los libros de caballerías contienen? De mí sé decir que cuando los leo, en tanto que no pongo la imaginación en pensar que son todos mentira y liviandad, me dan algún contento; pero cuando caigo en la cuenta de lo que son, doy con el mejor dellos en la pared, y aun diera con él en el fuego, si cerca o presente lo tuviera, bien como merecedores de tal pena, por ser falsos y embusteros y fuera del trato que pide la común naturaleza, y como a inventores de nuevas sectas y nuevo modo de vida, y como a quien da ocasión que el vulgo ignorante venga a creer y a tener por verdaderas tantas necedades como contienen.¹

¹ Capítulo 49.

Calla atento don Quijote cuando habla el Canónigo; calla y reposa, cuando de hablar dejó. Por buen espacio lo está mirando y luego, con breve diálogo, le repite la suma de los argumentos y le pide que le diga si es tal el tenor con que los propuso. El Canónigo asiente, y, ya seguro el caballero de que da en lo que el otro propuso, arremete en su contra con esta sañosa invectiva:

Pues yo hallo por mi cuenta que el sin juicio y el encantado es vuestra merced, pues se ha puesto a decir tantas blasfemias contra una cosa tan recibida en el mundo, y tenuta por verdadera, que el que la negase, como vuestra merced la niega, merecía la misma pena que vuestra merced dice que da a los libros cuando los lee y le enfadan. Porque querer dar a entender a nadie que Amadís no fue en el mundo, ni todos los otros caballeros aventureros de que están colmadas las historias, será querer persuadir que el sol no alumbra, ni el hielo enfría, ni la tierra sustenta.²

Y sigue una galanísima exposición, en que baraja y revuelve, en bella y asombrosa mezcla, la verdad con el ensueño, la historia con la fábula. Y da fin con estas palabras sentenciosas: “Hazañas tan auténticas y tan verdaderas, que torno a decir, que el que las negase carecería de toda razón y buen discurso”.

Admirado el Canónigo cede terreno. Da por hecho la historia de los Pares de Francia, aunque allí él mismo flaquea de su solidez histórica. Pone dudas a la existencia de la clavija del conde Pierres, junto a la silla de Babieca en la armería de

² *Idem.*

los reyes. El caballero se afirma; de mal grado el Canónigo le concede, y renueva su ataque contra las locuras de la fantasía:

Mas puesto que conceda que está allí, no por eso me obligo a creer la historia de tantos Amadises, ni las de tanta turbamulta de caballeros como por ahí se cuentan, ni es razón que un hombre como vuestra merced, tan honrado y de tan buenas partes, y dotado de tan buen entendimiento, se dé a entender que son verdaderas tantas y tan extrañas locuras como las que están escritas en los disparatados libros de caballerías.³

Defiende don Quijote la validez de la ficción, por la aprobación de los reyes que dejan correr impresos tales libros y por ser aceptada de grandes y pequeños:

¿Habían de ser mentira, y más llevando tanta apariencia de verdad, pues nos cuentan el padre, la madre, la patria, los parientes, la edad, el lugar y las hazañas, punto por punto y día por día, que el tal caballero hizo, o caballeros hicieron? ¡Calle vuestra merced, no diga tal blasfemia! Y créame que le aconsejo en esto lo que debe hacer como discreto; si no, léalos y verá el gusto que recibe de su leyenda.⁴

Ahora, volando en las esferas de su ficción, hace el brillante cuadro de la historia del Caballero del Lago, con colores y hechos que ningún pintor o poeta sobrerrealistas han podido imitar. Ya se perdió en las nubes, y cuando a tierra baja, deduce la enseñanza:

³ *Idem.*

⁴ Capítulo 50.

No quiero alargarme más en esto, pues de ello se puede colegir que cualquier parte que se lea de cualquier historia de caballero andante ha de causar gusto y maravilla a cualquiera que la leyere. Y vuestra merced créame...; lea esos libros y verá cómo le destierran la melancolía, si la tuviere, y le mejoran la condición, si acaso la tiene mala.⁵

Llevado de su fantasía, cae en la cuenta de sus promesas y afirma que todas aquellas hazañas lleva a cabo para hacer bien a sus amigos, “especialmente a este pobre de Sancho Panza, mi escudero, que es el mejor hombre del mundo”.

¡A buena puerta llama! El socarrón de Sancho acude a la alusión, y promete todo cuanto él es para lograr lo que ambiciona. Le pone su reparo el Canónigo y cierra el bonachón este maravilloso triálogo con esta tirada, en que se pinta la mente de la inmensa muchedumbre de los hombres:

No sé esas filosofías; mas sólo sé que tan presto tuviese yo el condado como sabría regirlo; que tanta alma tengo yo como otro, y tanto cuerpo como el que más, y tan rey sería yo de mi estado como cada uno del suyo, y siéndolo, haría lo que quisiese; y haciendo lo que quisiese, haría mi gusto, estaría contento; y en estando uno contento, no tiene más que desear, y no teniendo más que desear, acabose; y el estado venga y, a Dios, y veámonos, como dijo un ciego a otro.⁶

Tal es, señores, el cuadro y tales los discreteos resumidos, que yo quisiera ahondar ahora con vosotros. ¿Qué tenemos ahí

⁵ *Idem.*

⁶ *Idem.*

de trascendente? ¿Qué puede sacar de ahí el filósofo, si no anda al nivel de Sancho; de todas esas palabras, sin duda bien dichas, pero quizá no tan verdaderas?

2

Hasta donde yo alcanzo, no ha habido aún quien, guiado por los principios y métodos de Freud y Jung, de Stekel o Frazer, haya hecho el psicoanálisis de los dos famosos personajes de esta epopeya, ahondando en su contenido humano. Ni el sitio ni la ocasión es para hacerlo, pero debemos vislumbrar, al menos, las realidades que bajo el manto dorado de la ficción se encubren.

Tres disposiciones mentales se descubren en estos capítulos. La del Canónigo, que apela a la razón para defenderse del absurdo; la del caballero, que no tiene más norma que su propia fantasía; la del escudero, que, guiado por su instinto, atiende sólo a su interés.

Razón, fantasía, instinto, ¿cuál de las tres fuerzas debe normar la vida? ¿De cuál de estos mundos debe ser habitante y tributario el hombre?

Toda la historia de la cultura humana gira en torno de este problema. Épocas hay en que prima el instinto. Dicen que son las primitivas. No debemos creerlo; en todo tiempo Sancho levanta la cabeza sobre el mundo y busca su contento y felicidad en los bienes materiales, olvidando u omitiendo otros. Y Sancho duerme en el corazón de cada individuo, como duerme en el seno de cada pueblo y en las entrañas de cada época.

Pero tenemos el otro extremo. El Canónigo de Toledo, con sus negras hopalandas, con la dignidad acartonada de su carácter, con la medida de sus estudios, es la voz de la razón.

De esa razón marmolizada en su frialdad, austera y rígida, seca y escuálida. Según él, todo lo que no entra en los moldes algebraicos de la mente forjada en Aristóteles, encarcelada en la Escolástica, es *fuera del trato que pide la común naturaleza*. Finge el toledano que el hombre es sólo entendimiento. Que no hay en él sino luz de principios y cimiento de verdades. No importa que le gusten las ficciones. Si las ficciones son extrarracionales, si se alejan un ápice de los moldes que él mismo ha forjado para el pensamiento, las condena irremisiblemente.

Mi colega el Canónigo de Toledo hace tiempo se entronizó en el mundo. Es él quien preside la frialdad del siglo de la razón. Es él quien, si se trata de la historia, dice con suficiencia: *Quod non est in monumentis, non est in historia*, aunque la vida grite lo contrario. Es él quien, de una línea, saca una construcción, o de un fragmento de cerámica reconstruye un mundo. Es el espíritu de la cultura moderna, que llega, siguiendo sus cálculos, hasta la relatividad, bien relativa, de Einstein. Espíritu matemático, que solamente mide, pesa, calcula y rígidamente aplanas las mentes con la mole de la realidad material. Lo que no ve, lo que no palpa, lo que se niega a entrar en sus dominios, para él no existe. El dato, el documento, la base... ¡he ahí lo único a que aspira! Es el mundo moderno, que ya no adora al becerro de oro de las faldas del Sinaí, que al menos era un símbolo y el símbolo es una creación humana; pero está de rodillas ante el átomo. Allá lo ha conducido la primacía exclusiva de su inteligencia.

Pero el hombre no es inteligencia, como tampoco es instinto. Ni el escudero, que sueña con el placer de su condado; ni el Canónigo, que aunque medrosamente lee las obras fantásticas y en ellas se complace, las desdeña y condena al fuego, porque no entran en los moldes de su razón. El hombre es don Quijote: la fantasía lo rige, la fantasía lo crea.

Cuando vemos al caballero partir de un supuesto y crear un mundo, es cuando vislumbramos lo que es la obra de los universos. Una proyección de la mente, una transfusión del amor, una iluminada lluvia hacia afuera de la belleza acumulada dentro. Si el hombre es una imagen viva de la divinidad, tiene que imitar su modo de acción. Y la teología cristiana, que es una de las cumbres del pensamiento buscando el misterio, ha definido la creación de los mundos como una reverberación hacia afuera de lo que yace en la simplicidad de una vida dentro.

El caballero toma el dato, pero sobre él elabora un universo. Don Quijote deja las normas de la razón, pero crea otras normas. El mundo de don Quijote no es como el del Canónigo, ni como el de Sancho. El del Canónigo pide sensatez, el de Sancho pide cosas tangibles. Uno busca líneas, el otro busca volúmenes. Don Quijote sabe volar en su locura, porque va en pos de lo que es nuevo y renueva.

¿Seré, entonces, uno de los negadores de la razón, o uno de los desdeñadores del instinto? No, señores; lo que proclamamos, siguiendo la lección que aquí nos deja Cervantes, es que en la vida humana tiene la primacía la imaginación, elevada por la mente y sobrepuesta al instinto. Y toda la empresa está en unir en una sola persona esta trinaría división de valores. Si pudiéramos hacer de don Quijote y de Sancho y del Canónigo de Toledo una sola mente, un solo corazón, una sola persona, tendríamos resuelto el problema de la verdadera cultura humana y de la verdadera perfección personal.

Pero es acaso el sino de los hombres andar siempre en división de fuerzas. A unos agobia el instinto, y solamente imitan a Sancho. A otros, encarcela la razón y son una reproducción del Canónigo de Toledo. Muchos hay que sienten los ímpetus de

la elevación por la fantasía, pero se doman a la razón o al instinto. Más que en su jaula hubiera quedado preso don Quijote, si se hubiera dejado dominar por el sentido práctico de Sancho, o el racional maderamiento del Canónigo. Don Quijote es inmortal porque supo vencer al Canónigo y al escudero. La primacía no es del entendimiento, ni del instinto: es de la fantasía. La cultura no ha sido creada por los sabios, no ha sido creada por los convenencieros ni los interesados. La han creado los poetas y los filósofos. Y los poetas y los filósofos son la prole de don Quijote.

Pero debemos sacar aún algunas consecuencias.

3

La creación literaria y la construcción filosófica parten de la razón y a la razón regresan, pero el círculo que recorren va por los caminos de la imaginación. La creación del arte es un reflejo. Y todo reflejo supone una fuente, en que las dispersas líneas se vuelven una sola. Para captar la idea madre, como Platón pudiera llamarla, es necesaria la medida intelectual. Pero si la mente sólo repite lo que halla, apenas logrará hacer un inventario. La mente humana, al captar la realidad, tiene que ser como los policromos cristales de un vitral gótico: una luz, un reflejo solar, se viste de mil colores. Y la luz única, incolora, inasible, se hace roja como la sangre, o verde como el prado, o se reviste del color de oro de las frutas del jardín de las Hespérides. Y esa variedad de colores es la que hace a la obra humana personal, nueva y original. Hay un inmenso abismo, sin embargo: los colores pueden reproducirse en los vitrales; jamás se reproducen en las mentes creadoras. Cada una es un

singular irrepitible, cada una es un universo. Podrá volverse a tratar el mundo de Homero: nadie lo tratará otra vez con las mismas luces de Homero. Volverá alguno, si emula a los gigantes, a escribir una *Divina Comedia*: nadie podrá encerrar en el vaso de su mente y de su corazón la nébula irisada de candores, o asomada a los fuegos del abismo, que hace único a Dante.

Así lo ve el caballero de las verdes fantasías. Sobre un dato escuálido que allega en sus lecturas, alza la construcción maravillosa de sus imaginaciones. Es poeta el buen Alonso Quijano en el momento en que su fantasía traslada a los oídos, con un lenguaje cálido, *aquel bullente lago* en cuyas entrañas acumula todas las riquezas que hurtó a sus libros de caballerías. Y en su locura sin igual, entusiasmado con sus propias creaciones, percibe aún la música, saborea el manjar, siente las sollicitaciones de la hermosura durante el imaginario reposo de la siesta.

Sólo es feliz el hombre cuando emula a don Quijote. ¿No lo fuimos de niños, cuando las arenas se nos hacían perlas, o las nubes, ángeles? ¿Qué es la creación del eterno poeta que es cada joven, sino la luz de la fantasía, que convierte en esmeraldas vivientes unos ojos verdes, en granates tibios la púrpura dulcísima de unos labios? ¡La razón dirá que ojos y labios son apenas unas cuantas moléculas de carbono, con sus mezclas de fósforo, de azufre, de hierro... ¡no sé cuantos más químicos ingredientes! Es que la fantasía capta la belleza, y la belleza enciende el amor, y la belleza y el amor crean un mundo nuevo. Aun en la edad madura, somos felices, si guardamos la mentalidad de don Quijote. Por mucho que Sancho se cuele en nuestro corazón, soñamos siempre con la corona de laurel, que es un puro símbolo; en el aplauso, que es puro viento agitado por las manos; en una palabra que dora el alma, cuando el alma se sentía negra. El dinero mismo, semejante al lago de don Qui-

jote, encubre bajo la prosaica superficie la suma de bellezas que promete la posibilidad que nos brinda su símbolo.

El hombre es un esclavo de la fantasía y ha elevado esta civilización hodierna sobre ficciones. Ficciones de tratados, ficciones de leyes, ficciones de divisas económicas, ficciones de ensueños, ficciones de esperanzas. Si la razón puede acaso ser esclava, la fantasía creadora es la única reina.

No suenen iconoclastas mis reflexiones. La negación de la primacía de una facultad que en un momento de evasión puso Aristóteles como constitutivo de la esencial humanidad, no es sino el reconocimiento, amargo, si se quiere, de la realidad de la vida. No es el hombre un *zoón logikón*, animal racional: es un *zoón fantastikón*, animal imaginativo. La golondrina, arquitecto natural, jamás dejó de fabricar de igual modo su nido, porque la guía una razón, aunque no sea la suya. El hombre puede superar a la golondrina con la floración de todas las culturas, porque sobre la razón misma lleva una antorcha de intuiciones, y esa antorcha la enciende y la pone en sus manos la fantasía.

Aún tenemos que recoger otras espigas.

4

Yo no sé, señores, si ha habido alguien que lllore ante sus cálculos matemáticos. No sé si la profunda indagación de los secretos del mundo físico, o del mundo astronómico, haya dado alguna vez consuelos al doliente, o haya mejorado, de modo directo, el torcimiento de un criminal. Creo que, al menos, puedo dudarlo. Pero cuando oigo a don Quijote decir que leer estos libros, engendro de la imaginación, “destierra la melancolía que tuviere uno, y le mejora la condición si acaso la tiene

mala”, comprendo el valor íntimamente transformador de la obra de creación artística.

De sí mismo dice el caballero: “De mí sé decir que después que soy caballero andante, soy valiente, comedido, liberal, bien criado, generoso, cortés, atrevido, blando, paciente, sufridor de trabajos, de prisiones, de encantos”.

Tiene razón. La exaltación de la fantasía en pos de un ideal, acaso falso –¿cuántos ideales de los hombres son verdaderos?–, es la que construye los mundos; lo mismo los interiores, en que el corazón se refugia, que los exteriores que se empeña en crear. El sueño, el sueño que se manifiesta en los hechos que inspira, ha constituido la médula de la historia humana. No sólo en la tragedia hay aguas de purificación, como pensaba Aristóteles. Hay *katharsis* en el canto que el niño entreoye en su cuna; la hay en la balada que el viajero entona bajo el árbol, al reposar en su camino; en el poema leve que apenas roza el alma, como pétalo de violeta, o en la crispante carrera del drama cinematográfico. Mejoran el alma, la endulzan, la aquietan. O acaso la sublevan, la abisman y la corrompen. Nodriz del enfermo, puede, a veces, la fantasía ser seductor que arroja al delito.

Esa es la creación del arte, que con una sola voz llamó el griego *poesía*. Y esa poesía escapa a veces de la mente y sale de los labios, para trazarse en el lienzo con la palabra de los colores. O se hace palabra retorcida en el mármol y en el bronce. O se cristaliza en las moles arquitectónicas. La más sublime aventura de la poesía está en librarse de la traba de la palabra y sumergirse en las esferas de la armonía. Es la música, que eleva y sacia; que aduerme y acaricia; que exalta y sublima. Y todos sentimos el mito de Orfeo en nuestras almas: amansa nuestras fieras, arrastra nuestras selvas interiores.

¿Quién de nuestros tres interlocutores tiene, entonces, la razón? ¿Es el escudero; que se siente marxista, antes de la palabra y de la doctrina? Medir todo por el provecho material, es lo más común, pero es también lo menos humano.

¿Seguir, quizá, las normas del Canónigo? Razón, pura razón, razón estéril, aunque razón sensata. Puede ser una meta a que aspirar: nunca será camino que recorrer. El menos racional de los seres es el hombre.

Yo no meto la mano en este debate, ni discuto los motivos, ni los regímenes de la conducta humana. Vosotros tomad el partido que os sonría. Yo por mí sé deciros, al dejar de importunar vuestra atención esta noche:

No estoy con Sancho, y abomino sus mezquindades.

No estoy con mi colega, el Canónigo de Toledo, y desdén sus rígidas limitaciones.

Yo, que siempre he soñado, que alguna vez he combatido, que jamás ceso de estar anhelante de la inasible belleza, de la remota verdad, apenas entrevista; yo, señores académicos, anhelo estar siempre al lado de don Quijote.

Pero hay algo más. Hoy que tenemos bien comprobado, por el precioso libro de Irving A. Leonard, que la primera edición del *Quijote* casi fue exclusivamente agotada en nuestro Continente Americano, tenemos el presagio de que para el futuro nebuloso de nuestra América, la América de nuestra raza y de nuestra lengua, debe mantenerse en ristre la lanza y embrazarse el escudo de don Quijote, para la superación del bien sobre el mal; para la defensa de la hermosura y para la dicha de todos los hombres.

Es él como el genio de la raza; es él como el espíritu de nuestra lengua; que es canto y es plegaria, pero es también, y muy principalmente, pregón de nobleza y voz de libertad.

El 23 de abril de 1616 se apagó la vida mortal del autor de *Don Quijote*. Inopinadamente me toca entrar en los ejércitos de la lengua que él ennoblecó, hoy, a los 338 años de su feliz término. La gloria a que me acojo es la de don Miguel de Cervantes Saavedra. Es una gloria que no sabe de ocasos.

México, 23 de abril de 1954.

El canónigo doctor Ángel María Garibay K.*

ALBERTO MARÍA CARREÑO

* Discurso de respuesta y bienvenida, en la Academia Mexicana de la Lengua.

FINALIZABA EL AÑO DE 1912. Un escritor, que poco tiempo más tarde sería miembro de la Academia Mexicana, había encontrado la huella del autor de un celebérrimo soneto y ávidamente se dio a buscar en las bibliotecas antiguas nuevos datos para su estudio; y qué mejor biblioteca que la del Seminario Conciliar de México, que contenía tesoros bibliográficos inigualables.

Obtuvo la autorización necesaria para revisarla, y lo primero que encontró de valía fue el bibliotecario. Era éste un mozo que contaría cuando mucho 20 años, vestido con negra sotana, tocado con un peculiar gorrillo, y que dejó asombrado al visitante por su sencillez, por su modestia, pero más que por éstas, por su afán devorador de libros. A pesar de sus pocos años, aquel joven poseía una cultura sorprendente y se mostraba familiarizado con los clásicos griegos y latinos cuyas obras se conservaban en aquella riquísima biblioteca, más adelante despojada de sus valiosos tesoros.

La búsqueda debía ser minuciosa, requería tiempo y constancia; y a medida que aquél transcurría, se aumentaba la admiración del investigador, respecto de quien daba señales tan palpables de su valer como humanista; y en 1915, al publicar su libro, producto de más de dos años de investigaciones, pudo darse el placer de citar al bibliotecario de la Universidad Pontificia por quien había conocido la traducción para-

frástica al latín del hermoso, bellísimo soneto *No me mueve, mi Dios, para quererte*, realizada por el ilustre jesuita mexicano Diego José Abad en el siglo XVIII. Era quizá la primera cita de quien luego sería mencionado una y otra vez como poeta original, como fiel traductor y comentarista de los clásicos, como nahuatlato prominentísimo.

Concluidos sus estudios, que bien pudieran llamarse preliminares porque todavía hoy sigue estudiando, fue ordenado sacerdote y su campo de magisterio desde luego se amplió, porque éste no lo ejercería sólo en la Universidad Pontificia, donde el humanista mostró a sus discípulos las bellezas de las literaturas griega y latina; sino que sus enseñanzas irían a los campesinos, a los indígenas cuya lengua aprendió para poder, como los antiguos misioneros, comunicarse con ellos a fin de llevar paz a sus espíritus y alimento espiritual a sus almas.

Pero aquel sacerdote es un poeta, y la naturaleza, fuente perenne de inspiración, lo impulsó a escribir, “bajo la paz sublimadora de las selvas de Huizquilucan”, su primer poema conocido y que intituló *Poema de los árboles*.

Los encantos que el bosque produce en un soñador, en un sentimental, son tan variados como impresionantes. Si penetra en él, advierte que el sol, que va introduciéndose entre el ramaje, como lo hace a través de ricamente decorados ventanales, tiene fulgores nuevos, y, artista prodigioso, dibuja sobre la verde grama fantásticas figuras; las ramas, por su lado, se retuercen de modo caprichoso apenas se alejan de los troncos donde nacen, o muestran incontenible anhelo de ascender hacia el firmamento; las hojas, verdes en el estío, se coloran con rojo, violado y amarillo en el otoño, dando al bosque el aspecto de paleta prodigiosa; y las que caen sin vida ya, al ser

pisadas lanzan verdaderos lamentos, como si quisieran hacer escuchar la sinfonía dolorosa de todos los vencidos, que son incapaces de levantarse más.

Pero también el bosque se convierte en imagen del mundo social: las lianas son los estorbos que con frecuencia encuentra el hombre para avanzar en su camino: envidias, odios, ingrati- tudes; y las plantas parásitas, aunque en el bosque suelen ser muy bellas, resultan la imagen perfecta de los incapaces para valerse a sí mismos, de los que viven sólo a costa de quienes producen y son útiles para sí y para los demás.

Nuestro poeta, que llega al bosque cuando el sol se va alejando para alumbrar y vivificar otros lugares, lo ve con un diverso aspecto, que así da a conocer:

En la vega las sombras se agigantan
el sol al tramontar; el hueco río
va murmurando en el boscaje umbrío;
los glaucos sauces en sus frondas cantan.

De Vésper rubescente se adelantan
los resplandores; gime el viento frío;
de cada hogar, lejano ya y sombrío,
nébulas de humo azules se levantan.

Vamos al bosque: la penumbra verde
la paz infunde y el amor destila
y su contacto al dolorido sana.

Allí el recuerdo del dolor se pierde
y una fuente de luz, casta y tranquila,
del alma dentro, deleitosa mana.

Y luego canta las peculiaridades de los árboles bellos o que más lo impresionaron; y cada soneto que respectivamente les consagra, es un estuche de bellos pensamientos, de símiles acertados, de elevados conceptos.

Hecho peculiar en la vida del poeta.

Perdido –nos dice– en un rincón del Monte de las Cruces, en circunstancias aciagas no sólo para la Iglesia, sino también para mí, personal e íntimamente, sin tener más compañeros que el silencio y bravía majestad de los riscos y la amable y acogedora calma inmutable de los bosques de veras seculares, exhumé, o dicho mejor, desperté, ya que nunca habían muerto, antiguas aficiones que persistían en el fondo de mi alma, nacidas en mis viejos días de estudios y de enseñanzas de Humanidades. Escogí a Esquilo por ser el más adaptable a mi particular gusto y pensamiento, así como al escenario en que lo leía y estudiaba y a las circunstancias sociales y aun personales que me rodeaban.

Ni el lugar, ni el tiempo, ni el estado de ánimo, ni los instrumentos de trabajo cooperaron a que hiciera una obra digna. El verdadero auxiliar que tuve fue el silencio y soledad de mi yermo.¹

Quizá las perturbaciones espirituales del humanista, y el tremendo drama que envolvía a los católicos mexicanos, rudamente perseguidos en aquellos días, lo impulsaron a buscar en el más notable de los dramaturgos griegos la explicación de los actos perversos de los hombres.

¹ *Trilogía de Orestes*, p. 64.

Padre del drama se ha llamado a Esquilo; y por su fecundidad poética bien puede comparársele con Lope de Vega; mas si éste presenta aspectos amables de la vida, aquél se consagra a mostrar los más repugnantes en que por igual intervienen hombres y dioses. Acaso, hay que decirlo, la trilogía que consagró a Orestes, entre las 90 piezas teatrales que se afirma escribió, aunque muchas han llegado sólo fragmentarias a nosotros, es la más amarga, la más cruel, la más horrible; aunque en nuestros días y en la existencia real no falten hechos de completo acuerdo con aquellos que sirvieron de base a la obra poética esquiliana: la esposa infiel que en abominable consorcio con su amante, a traición mata al esposo; el hijo que por vengar a su padre se convierte en matricida.

El humanista mexicano pretende que no hizo labor de crítico y sin embargo, realiza crítica muy importante en el prólogo con que precedió su traducción del gran trágico en versos de rima perfecta o imperfecta. El traductor asienta que “en muy rara vez la rima influyó en la versión”, que él juzga ser una de las más literales, aunque agrega con modestia: “Sin embargo, afirmo, plenamente que mi ensayo se ha quedado a mil leguas del original”.

El mismo humanista explica que realizó este trabajo porque

jamás será demasiado el intento que se haga por asimilar lo mucho que nos dejaron los eternamente juveniles griegos; porque —añade— no es inútil cualquier medio que ayude a levantar los estudios helenísticos en nuestro México; que si mis primarias aficiones me hacen ver como más importante lo que contribuya a conocer lo nuestro, no me impiden amar lo que es patrimonio universal de la cultura moderna; porque siendo,

como soy, sacerdote católico, contribuyo en un ápice a que sin razón se diga que hemos olvidado los estudios que siempre fueron amor de nuestra clase, y, aunque hostigados por amigos y enemigos, oprimidos de trabajo y de amargura, seguimos siendo los mismos, que tanto amamos el pasado como el porvenir.²

Se refería entonces a un estudio geográfico, etnográfico e histórico acerca de Huizquilucan y a “varias monografías acerca de la lingüística y la historia nacional, ya preparadas para la imprenta”.³ Pero esas “primarias aficiones” por lo nuestro, iban a revelarse de manera patente, inequívoca, notable, con sus estudios de las lenguas y de la literatura de nuestros aborígenes.

La obra más trascendental publicada hasta hoy por el doctor Garibay es su *Historia de la literatura náhuatl*, que si resulta un monumento a su saber, constituye también prueba fehaciente de serenidad de criterio en una lucha incomprensible, emprendida por dos grupos de mexicanos. Para unos, solamente la raza indígena constituye la esencia del México actual; para otros, la cultura hispánica es la única que debe ser tomada en consideración.

Y el tema a que el recipiendario consagró largas horas de estudio y de meditación, pudo haberlo llevado al primer grupo; y, sin embargo, su análisis resulta sereno, ecuánime, consiguiendo así que quien se asoma a lo que fue la literatura de nuestros aborígenes, mediante ese análisis, pueda encontrar bellezas que no son producto de una tendencia apasionada, sino realidades expuestas sabia y artísticamente.

² *Op. cit.*, p. 65.

³ *Loc. cit.*

No ha sido por cierto el doctor Garibay quien primero haya estudiado la literatura náhuatl; y él hace justicia plena a fray Andrés de Olmos, el religioso franciscano que, apartado “del mundanal ruido” de la capital de Nueva España donde tantas y tan enconadas pasiones se desarrollaban a raíz de la conquista, allá, en la lejana región del Pánuco, se consagró por igual a ganar almas para la religión de Cristo y a estudiar y conservar las manifestaciones literarias de nuestros indios.

Fray Bernardino de Sahagún, el inigualable fraile que acopió los más valiosos elementos literarios indígenas que han llegado hasta nosotros, también estudió esa literatura, pero con miras fundamentalmente históricas, sin que en los días del virreinato hubieran faltado otros investigadores que impresionados por las manifestaciones literarias de nuestros aborígenes, hubieran llamado la atención acerca de ellas.

El jesuita Juan de Tovar, a quien se dio el nombre de Cicerón mexicano, mereció ese nombre, nos dice el Canónigo de la Basílica Guadalupana, por la perfección con que predicaba en la lengua náhuatl, que había dominado por modo extraordinario.

En el siglo XIX y en el que corre, hombres de inteligencia y de saber como Fernando Ramírez y Francisco del Paso y Troncoso, como Alfredo Chavero, Cecilio A. Robelo y Mariano Jacobo Rojas entre los mexicanos; Guillermo Eduardo Seller, Guillermo H. Prescott, Daniel G. Brinton y J. A. Cornyn entre los extranjeros, abrieron o ampliaron el camino de esos estudios; y ya en nuestros días Ignacio Dávila Garibi consagra obra muy amplia a las lenguas habladas en esta región del país; como respecto de lo esencialmente literario lo hicieron otros hombres atraídos por la literatura indígena y que rindieron ya la final jornada: Rubén M. Campos, Luis Castillo Ledón, Mariano

Silva, Pablo González Casanova, Miguel O. de Mendizábal y el joven norteamericano Roberto H. Barlow, que tan bien hallado sentíase entre nosotros.

Pero ninguno de ellos se adentró en los campos de la literatura náhuatl en la forma en que lo ha realizado el padre Garibay, quien con notable juicio crítico ha hecho el análisis de lo que fue la producción poética, y los diversos aspectos que presenta la producción en prosa, antes de que los poetas y los prosistas indígenas sufrieran la influencia de la conquista española.

Y al emprender el estudio de la primera, reproduce estos pensamientos que había formulado en otro estudio sobre la épica azteca:

La poesía, la más completa y perfecta de todas las artes, es la expresión musical del pensamiento. Nace del sentimiento del ritmo y de la armonía a cuyas leyes se acomoda la palabra. La música, que es un arte menos completo y que presta a la poesía uno de sus dos elementos esenciales, tiene por sí misma un carácter más definido. Otro tanto puede decirse de la danza, que acomoda los movimientos del cuerpo a las leyes del ritmo. Estas tres artes inseparables formaban en la antigüedad un arte único, que constituía la base de la educación humana. El ritmo, a su vez, es engendrado por la sucesión y retorno prosódico de la diversa duración de los sonidos.⁴

Ahora bien: como su propósito consiste en hacer patente que los poetas indígenas dieron a sus composiciones un indudable ritmo, agrega todavía:

⁴ *Historia de la literatura náhuatl*, vol. I, pp. 60-61.

Danza y canto son fenómenos sociales de todo grupo humano. El andar mismo es ya un germen de danza, y la voz lleva las ondulaciones del canto. Por ello el ritmo es tan espontáneo como el paso y como la palabra.

Los que han estudiado la métrica árabe dicen que su verso nació del acompasado y grave paso de los camellos. Al caer y alzarse sobre las arenas interminables se producía un doble ruido que clavó en el alma del primer poeta del desierto la medida de sus versos. No es sólo bella la imagen, sino verdadera. Para los nuestros no tenemos camellos: el paso de las interminables migraciones y el son de la marcha sobre el erial sugiere la medida. Ya en el reposo, se ensaya el baile; al baile se le une el son bronco del tambor nativo, endulzado con el fluir del llanto de la flauta y, cuando el hombre va a cantar, la palabra sale medida por sí misma. En cada primitivo hay un dejo de la tendencia natural de Ovidio.⁵

El doctor Garibay prueba de manera indudable la existencia de ese ritmo con los varios ejemplos que aduce, tomados de los cantares precortesianos y en que nuestros oídos pueden percibir aun la cesura:

Oncan tonaz / oncan tlathuiz

Oncan yezque / ayamo nican,

Que constituye la orden imperiosa de Huitzilopochtli de emprender la marcha hacia lo desconocido.⁶

⁵ *Op. cit.*, p. 61.

⁶ *Op. cit.*, p. 62.

O en este otro ejemplo que con razón asemeja a nuestros versos de diez sílabas en dos hemistiquios con cesura:

Nichoca yehua / nicnotlamatti
niquilnamiqui / ticcauhtehuazque
yectli yan xochitl / yectli yan cuicatl...

Lloro, me aflijo, al recordar
que dejaremos los bellos
cantos, las bellas flores.⁷

Y el notable nahuatlato que de correspondiente hoy se convierte en miembro numerario de nuestra Academia, por medio de un cuidadoso estudio, tras de un análisis concienzudo y minucioso, nos hace conocer la poesía religiosa y la poesía lírica; la poesía épica y la poesía dramática, llevándonos, casi de la mano, a presenciar cómo surge y cómo se desarrolla entre nuestros aborígenes cada uno de los aspectos de aquéllas, cada uno de sus diversos caracteres.

El recipiendario, al tratar de la poesía dramática escribe:

Difícil es hallar en la historia de los cultos religiosos uno de ritual más complicado y aparatoso que el de los antiguos mexicanos. La abundantísima documentación en que fundó Sahagún su Libro II, así como los informes recogidos de Durán, que alcanzó a recibir desde su niñez noticias y descripciones verbales de quienes habían visto en paz completa aquellos ritos, nos han enriquecido del conocimiento tan preciso que podemos reconstruir todo el ceremonial. Y éste era un verdadero

⁷ *Op. cit.*, p. 64.

teatro perpetuo, a la luz del día, o a la iluminada claridad de la noche, y pasaba interminablemente ante los ojos de la multitud. No es la hora ni el lugar de intentar esta reconstrucción; pero, al espigar algunos de los datos que tenemos que proponer habrá necesidad de recoger estos testimonios. Si el término *teatro* dice referencias a la contemplación de los ojos, había aquí una vistosa serie de espectáculos, que eran solamente soporte de la música instrumental y del canto. Aquí y allá percibimos los vestigios de la farsa. En este punto, como en tantos otros, fue la emoción religiosa la que creó el espectáculo y la literatura que en este espectáculo se encarnaba.⁸

Los ejemplos documentales que presenta y que con minuciosidad analiza son indudable confirmación de su tesis.

Como es natural, consagra una mayor extensión de su notable libro a la poesía aborígen, por ser tema poco identificado con nuestros conocimientos generales; pero examina igualmente la prosa, y su examen le permite comprobar que puede clasificarla, fuera de la *general*, en *discursos didácticos* y en composiciones *históricas*, sin que falten los adagios y los “zazamiles” o adivinanzas.

Hace ver con justa razón que “la historia de nuestra Anáhuac... no cede en valor documental a ninguna de las conocidas en la cultura universal”, como lo demuestran “las estelas mayas y de otras razas más antiguas, que en piedra, como algunas viejas culturas del otro hemisferio, dejaron esculpida para siempre su memoria”.⁹

⁸ *Op. cit.*, p. 333.

⁹ *Op. cit.*, p. 449.

Pero si esto aguarda una nueva piedra de la Roseta que revele sabe Dios qué portentos, como ésta nos dio a conocer los de Egipto, hay también valiosos documentos que el canónigo Garibay analiza con gran cuidado, según hizo con los poéticos, desde el punto de vista meramente literario.

Vengamos ahora al discurso de recepción, que independientemente de sus bellezas literarias, presenta un aspecto diverso del escritor: es un filósofo, además de poeta.

Desde luego ha de alabarse su modestia cuando insiste en que los elogios que ha recibido sobrepasan a sus merecimientos. No lo creyeron así quienes presentaron su nombre a la Academia; y no lo creyó ésta cuando afectuosamente lo acogió como miembro suyo.

Pero no es de extrañar que aun sin pensarlo, ni pretenderlo y aun sin quererlo el doctor Garibay, nuestro instituto haya decidido incorporarlo en él. A diferencia de la Academia Francesa que exige la solicitud del candidato, la Mexicana, salvo muy raras excepciones, por sí misma pesa y mide lo que el candidato ha significado y significa; y si alguna vez ha fracasado en sus propósitos de allegarse inteligencias claras, literatos de renombre, filólogos insignes, basta recorrer la nómina académica en 79 años para cerciorarse de que constituimos escasa, muy escasa minoría, los que no hemos respondido a los nobles propósitos de quienes nos abrieron las puertas áureas de la Institución.

Ésta sabe que los méritos del beneficiario son reales, como lo supo nuestra Universidad Nacional cuando le concedió el grado de doctor honoris causa, sin que tampoco él lo solicitara.

Canónigo lectoral de la Basílica de Nuestra Señora de Guadalupe, quiso “poner en solfa”, según la vieja expresión,

a un supuesto colega suyo de Toledo; y para esto escogió uno de los pasajes en que Miguel de Cervantes dejó volar su fantasía, aunque también su razón para recortar las alas de aquélla cuando resultaba necesario.

Suma torpeza resultaría no confesar que la fantasía suele a veces elevar los espíritus del inmundo limo de las pasiones, haciendo a los humanos generosos, benévolos, altruistas; pero la fantasía puede también llevarlos a opuesta situación, convirtiéndolos en frívolos, egoístas, perversos, si la razón no viene en su auxilio.

En diversa oportunidad y ante nuestra Academia, tuve ocasión de comprobar que Cervantes fue un verdadero siquiatra, que supo manejar a su grandioso personaje don Quijote de tal manera, que se confirma que la locura no es “la pérdida”, sino simplemente “la ataxia de la razón”; es decir: el ilustre manco utiliza por igual modo la fantasía y la razón.

El doctor Garibay, después de resumir el “triálogo” entre don Quijote, el Canónigo toledano, y el ambicioso Sancho, haciendo ver que en el primero se mueve la fantasía; en el segundo, la razón; y en el tercero el interés egoísta, declara y en ello estamos totalmente de acuerdo: “Si pudiéramos hacer de don Quijote y de Sancho y del Canónigo de Toledo una sola mente, un solo corazón, una sola persona, tendríamos resuelto el problema de la verdadera cultura humana y de la verdadera perfección personal”.

En cambio resulta forzoso estar en desacuerdo con esta otra conclusión de nuestro colega: “La cultura no ha sido creada por los sabios, no ha sido creada por los convenencieros ni los interesados. La han creado los poetas y los filósofos. Y los poetas y los filósofos son la prole de don Quijote”.

No, la cultura humana no es resultante sólo de la poesía y de la filosofía, si entendemos por ésta sólo un conjunto de opiniones metafísicas; ni siquiera del triángulo: fantasía, egoísmo, razón; sino que a él es indispensable agregar otro factor, otro ángulo: la curiosidad. El *inventor*, nombre que como bien se sabe, ha salido del verbo latino *invenire*, encontrar, movido por su fantasía tal vez, por su egoísmo quizá, pero impulsado siempre por su curiosidad y por su razón, inquiere, investiga, busca, hasta que encuentra un elemento nuevo, que incrementa la cultura general.

¿Cómo conoceríamos hoy las culturas egipcia y judía, persa y asiria, griega y romana, sin ese cuádruple impulso, que en circunstancias diferentes lo mismo busca y encuentra los artísticos tesoros que todos admiramos; que descubre y utiliza el papiro, que halla la utilidad de los tipos movibles para aprovecharlos en la imprenta, que ha venido a ser antorcha que ilumina al mundo?

La fantasía de Julio Verne ideó el dominio del aire; la razón del conde Zeppelin y de Von Eckener, de Santos Dumont y de los hermanos Wright, lo hizo efectivo.

La fantasía del mismo Verne soñó en vencer las entrañas de los mares; la razón del teniente de navío Isaac Peral y de sus seguidores tornó el sueño en realidad.

Pero ¿qué más?, nuestro colega, poeta y filósofo, en momentos se abraza a don Quijote para tratar de llegar en Clavileño a la hermosa región que está sobre todas las pasiones humanas; pero cuando investiga y encuentra bellezas lo mismo en los torturantes dramas de Esquilo, que en los *Cantares mexicanos*, razona; y razona con tanta habilidad, aunque con absoluto desinterés egoísta, que él, canónigo de verdad, camina muy asido del brazo del imaginario y razonador Canónigo de Toledo a quien pretende impugnar.

Y ahora se preguntarán con justicia muchos que me escuchan: ¿por qué aceptó contestar el discurso del recipiendario quien no es poeta, ni helenista, ni nahuatlato, ni ha tenido ni tiene contactos directos con la filosofía? Y responde gustoso: por sola una razón sentimental; porque desde 1912 aprendió a estimar y admirar al mozuelo bibliotecario del Seminario Conciliar, de la Universidad Pontificia, que paso a paso ha ido por un camino ascensional donde ha encontrado aplausos y honores como los que de manera espontánea le tributa la Academia Mexicana al declararlo con gran satisfacción académico de número.

Doctor Garibay, ¡sed bienvenido!

Índice

| | |
|---|----|
| Estudio preliminar | 7 |
| UNIVERSALIDAD DE PENSAMIENTO | 7 |
| PASADO ENIGMÁTICO | 8 |
| GARIBAY EN <i>ÁBSIDE</i> | 10 |
| GARIBAY, HOMBRE DE LETRAS | 12 |
| LA PRESENTE EDICIÓN | 13 |
| FUENTES CONSULTADAS | 18 |
| Virgilio romántico | 21 |
| Tres poemas inéditos | 41 |
| 10 poemas cortos en náhuatl | 51 |
| Verdad de la ficción. Acotaciones a un trílogo | 75 |
| El canónigo doctor Ángel María Garibay K. | 97 |

Ángel María Garibay K.

Verdad de la ficción
y otros textos

se terminó de imprimir en noviembre de 2013, en los talleres gráficos de Printing Arts México, S. de R.L. de C.V., ubicados en calle 14 núm. 2430, colonia Zona Industrial, C.P. 44940, Guadalajara, Jalisco. El tiraje consta de cinco mil ejemplares. Para su formación se utilizó la familia tipográfica *Aries*, diseñada por Eric Gill. Concepto editorial: Félix Suárez y Hugo Ortíz. Formación y portada: Erika Lucero Estrada. Cuidado de la edición: Alfonso Sánchez Arteché, Cristina Baca Zapata y Zujey García Gasca. Supervisión en imprenta: Erika Lucero Estrada. Editor responsable: Félix Suárez.

